

universocentro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 99 - Agosto de 2018 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



Medellín, examen sin diagnóstico



No es fácil ponerle el termómetro a las ciudades. Se resisten a dejarlo bajo la lengua, lo escupen, lo muerden. A cada habitante le toca sacar sus conclusiones por la cara del paciente, la temperatura en la calle que le tocó, los sudores necesarios para comprarle las pepas. De vez en cuando vale la pena leer un diagnóstico un poco más cierto, ver algo de la hoja clínica; así sea para fungir de tegua y aventurar dos o tres remedios con algo más que la simple angustia y los lamentos.

Hace dos semanas se publicó el *Informe de Calidad de Vida de Medellín 2017* que hace la alianza Medellín cómo vamos desde hace más de diez años. Los números sobre pobreza, educación y seguridad entregan luces sobre la magnitud de nuestras sombras. Esperamos que la retahíla de cifras que se viene sirva para tomar nota, soltar preguntas, subrayar dolencias repetidas o, aunque sea, mejorar la salud de la discusión pública.

Empecemos por lo obvio, ¿cómo está el conteo en el valle cerrado? Hasta el año pasado en Medellín éramos 2 214 494 habitantes. El crecimiento de la población fue el más bajo en los últimos doce años. Las mujeres son amplia mayoría, un 6% más que los hombres. En el 90% de los casos de homicidio la víctima es un varón y eso ha dejado su hueco. Entre los hombres, los jóvenes entre 24 y 29 años arman el parche más grande (8,8%); el combo más amplio de las mujeres está entre 50 y 54 (8,1%). La era de mirar a las catanas. Belén y Doce de Octubre son las comunas más pobladas de la ciudad, 187 824 y 185 673 vecinos respectivamente. El Centro, la comuna La Candelaria, es la menos apetecida para armar rancho, solo 85 658 viven entre sus calles que son sobre todo hogar de paso. Cada vez llega más gente a vivir a los corregimientos, vienen de afuera o de adentro del Valle de Aburrá, entre 2005 y 2017 la población que buscó los filos, el paisaje y el frío creció más de un 100%, mientras en las comunas el crecimiento fue de 7,2%. Crecen los campechos de ciudad.

Para hablar de pobreza primero hay que dejar claras las líneas que traza el informe. Un hogar

conformado por cuatro personas con ingresos inferiores a \$1 103 536 es considerado pobre, y cuando los cuatro viven bajo el precario techo de \$487 956 es considerado pobre extremo. Eso es lo que llaman pobreza monetaria, líos de bolsillo. En 2017 el porcentaje de pobres de bolsillo en Medellín se redujo frente al año anterior y se ubicó en 14,2% de la población. Los pobres extremos también mermaron hasta llegar al 3,6%. Para que nos hagamos una idea de las fugas individuales pensemos que en Medellín y su Área Metropolitana hay 356 200 personas pasando penas por el vil metal (pobreza), y 92 788 sufriendo los rigores del hambre duro (pobreza extrema). Además de la plata contante, el informe se encarga de medir dieciséis variables para entregar un indicador más completo sobre las condiciones de vida en la ciudad. En las planillas se anota sobre servicios públicos, ingresos, nivel de escolaridad, condiciones de la casa, transporte, percepción de seguridad, acceso a salud y más. En esa lista retrocedemos. Entre 2016 y 2017, catorce de las dieciséis comunas mostraron reducción en sus condiciones de vida. Las excepciones fueron San Javier y Guayabal, y las que más perdieron puntos como vividero, Castilla y Villa Hermosa. Durante la última década, el presupuesto de la ciudad ha tenido la inversión en la población vulnerable en el cuarto puesto entre dieciséis sectores. La plata para primera infancia se lleva un poco menos de la mitad. Pero desde hace tres años se gasta menos en los más pobres. El informe lo dice muy claro: “A partir de 2015 la inversión per cápita en población vulnerable se redujo año a año, alcanzando su nivel mínimo en 2017 con \$132 001 por persona”. Cuando terminó 2015 se atendían 61 264 hogares vulnerables, al terminar el año pasado eran 53 659 los que recibían apoyo municipal.

Al contrario de lo que dice el viejo eslogan Medellín es la menos educada aunque es el sector en el que más invierte La Alpujarra, un billón de pesos en 2017. Los miembros de los hogares con menos ingresos tienen menos años de educación que los habitantes de los mismos hogares en Bogotá,

Barranquilla, Cali y Bucaramanga. En resultados de pruebas Saber tenemos la medalla de bronce en la competencia que plantea el informe entre Bogotá, Bucaramanga y Medellín. Los números no nos ayudan, sobre todo porque el año pasado 77% de los estudiantes de quinto obtuvieron resultados de no satisfactorios en matemáticas, en noveno grado los “reprobados” en la materia llegaron a 73%. Para que salgamos a recreo. En Medellín el promedio de la población mayor de dieciocho años no ha terminado el bachillerato. Se necesita que sumáramos doce años de estudio y solo llegamos a diez. Con el crecimiento actual de años de clase para que todos logremos el cartón de bachillerato hará falta que pasen dos décadas.

Llevamos tres años por fuera de la lista de las cincuenta ciudades más violentas del mundo. Pero muy seguramente al terminar 2018 vamos a completar tres años de crecimiento de la tasa de homicidios. El año pasado la inversión en seguridad fue la más alta desde 2008, se mostraron las fotos de los doce cabecillas y los 1800 pillos capturados, pero la cosa no mejora. La mitad de las víctimas de homicidios son jóvenes entre 14 y 18 años y un poco menos del 20% se cometen en el Centro de la ciudad. En los últimos tres años la calentura ha crecido con fuerza en Robledo, San Javier, Belén, el Centro y los corregimientos de Altavista y Palmitas.

Como lo hemos repetido varias veces en este editorial, el gran reto de la ciudad tiene que ver con los jóvenes que no se hallan y que terminan encontrando un lugar al lado de los pilos curtidos. En la ciudad hay 157 117 jóvenes entre 14 y 28 años que ni estudian ni trabajan. Parchan, conspiran, juegan, trabajan por cuenta de otros, crían sus hijos, malviven, malpiensan, desesperan y siguen creciendo a pesar de la carreta del emprendimiento, las planillas del Sena, las becas de EPM y Ser pilo paga.

Dejamos esa pequeña radiografía sin atrevernos a insinuar soluciones y rogando al gobierno municipal más por sus logros reales que por sus apariciones y sus gestos amables con la inteligencia artificial. ☹

El presidente

por EFRÉN GIRALDO



El presidente. Fernando Botero, 1997. Colección de Arte del Banco de la República.

El hombre vive prisionero de sus propias formas, no sabemos si atónico o impasible ante la obesidad obscena que lo impone sobre el plano. El calzón a rayas no oculta la floja insinuación de las carnes, que si la tela aflojara se saldrían de pura incontinencia. El sexo inane se insinúa en la abstracción del triángulo invertido del pubis, sobre el que planea el pliegue de una barriga apenas sostenida. Estragado en su propia gula, el novel presidente es una figura que, sospechamos, será apenas el idiota útil de los amos verdaderos.

Pues cualquier cosa es excesiva para mandar sobre tierras calientes y distantes donde campean la desesperanza y la miseria. En este mundo del cuadro, donde todo es equilibrio y aburrimiento, no hay lugar para la extensión de los campos infatigables ni para las gentes de colores mixtos que los pueblan. Mucho menos, para las guerras intestinas que, por causas incomprensibles, se pelean más allá de los límites de la imagen, que son la causa —y no la negación— de las violencias externas que mantienen su equilibrio.

El bigotito bien peinado, las canas apenas incipientes, denuncian el origen incierto, la edad indeterminada. Ni caudillo ni delfín. Su realidad es ser cosa sin personalidad ni consistencia. Delegatario de todo, y a la vez dueño de nada, su mirada se desvae en lejanías, detrás de los barrotes de muselina del palacio. El candelabro, antes que alegoría del buen gobierno, es aquí advertencia del probable incendio futuro. Advertencia, mudanza, desastre, es lo que significan las luces que agoraramente se balancean sobre su cabeza.

La levita, ceremoniosa, lo acoge como un nicho. Sorprende la rigidez de algo que debería ser solo tela, pero que recuerda las grutas de mala muerte, ante las que se reza y a la vez se peca. Aunque es más legítima la imagen animal. Se trata de una suerte de crisálida que deja salir por fin al bicho gordo, un ropaje que lo acoge con corrección en el torso, pero que, bajando, remata en el deje cortesano de unas alas de moscardón.

Todo es aquí vulgaridad, pues se impone el lujo superfluo de un poder que parece ser sólido como el granito pero que, bien visto, es inestable y fugaz como la carne tumultuosa, como el gesto entre aburrido y autocomplaciente de quien nació para ser solo parte del decorado, pero que falazmente muchos tienen por dignatario.

El ademán parece eternizarlo, las piernas simétricas, la mano que porta el bastón, prótesis y a la vez símbolo de poder, pero también recordatorio de la fragilidad y la impotencia. Este trozo de madera es, por ello, lo único rígido en un mundo de cosas flácidas, que solo adquieren consistencia cuando logran imponerse al espacio que las contiene. La corbatita y la ridícula banda tienen algo de principesco. Nada que ver con lo que se espera de una república.

Aquí tenemos, pues, al hombre que pretende tener en sus manos el futuro, con su mano fofa antes o después de firmar el nefando papel con el que hizo o hará alguna cosa infame a una nación que es igualmente de papel. Ha firmado, sin duda, lo que otros le han dado, pues si fuera tanta su autoridad no tendría que estar detrás de este telón que recuerda lo teatral de su existencia. No estamos en el tiempo presente de la firma. Se trata del gesto vacío y ausente de quien hizo o hará lo que le dicen.

Su poder, pese a ser aparente, como todo en el país en el que ahora manda, se estira hasta los límites, llegando hasta al borde, copando el espacio y anulando el tiempo. Manda, pero solo en las estrechas márgenes de su ventana. Parece algo que se hinchó por virtud propia, pero que acabará por volver a su condición de vejiga desinflada, una vez toque los bordes del marco que le fue destinado.

Se ha retratado la cara obtusa y vulgar del mandatario, la tiranía que reina en el puro manierismo. La soledad, la imposibilidad de ser más que un elemento lastimero. También el tiempo circular, la realidad que no cambia, la identidad solo hecha de mentiras, ahogada en los onerosos ropajes del decoro. Todo esto vemos en la pintura de Botero. Milagro de la forma, pero también diatriba contra los que rigen los destinos de esa cosa informe a la que llamamos patria, a la que solo por convención llamamos patria. ☹

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufasio Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 99 - Agosto 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



universocentro

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

HONDONADA



por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografías: Pilar Sepúlveda A.

Las montañas que dan forma al valle de Aburrá son fortalezas de lado y lado. Alejar-se de la ciudad por allí significa remontar esos muros naturales. Entre el fondo del valle y las cimas hay más de mil metros de diferencia. Escapar de la ciudad implica ascender en la búsqueda de la línea quebrada de ese horizonte levantado. Las vías hacia las cumbres son sinuosas y se apegan a las entrantes y salientes de las montañas. Así es la salida por el noroccidente de la ciudad, que conduce a San Pedro de los Milagros.

Mi autobús emprendió el ascenso por Robledo y San Cristóbal y fue ganando altura hacia el norte, cruzando la pendiente en diagonal. Por la vía no transitaban muchos carros. Ni antes ni hoy se llega por allí a destinos populares, como ocurría con el camino al distrito minero de Santa Fe de Antioquia y Buriticá, o hacia el sur donde estaban los socavones del Zancudo. Ni tampoco fue esta una vía de salida y llegada de pasajeros hacia y desde el río Magdalena como el altiplano oriental.

A medio camino surgió sobre mi derecha la forma esbelta del cerro El Picacho. El cuello del cerro está más bajo que la carretera, pero el pináculo coronado por el Cristo viene a quedar casi a la misma altura de la vía. De manera que al mirarlo desde allí puede verse flotar sobre el telón de fondo desenfocado de los barrios al otro lado del valle. Ya casi cerca del alto pasamos por el lugar donde levantan vuelo los parapentes. A esa hora temprana apenas arribaban por tierra los pilotos, con la aeronave enrollada a sus espaldas en un gran morral. Terminamos de subir y llegamos al primer asomo del altiplano, donde está el diminuto pueblo de San Félix. Allí bajé y comencé a caminar.

Mi meta era una torre de energía ubicada justo en la cima de la montaña que da sobre el valle de Aburrá. Anduve una hora larga por una carretera destapada entre potreros verde esmeralda, salpicados por vacas blanquiegras. El aire era fresco y aspirarlo daba la sensación de pureza. Algunos gorriones saltaban y

se confundían con las agujas secas caídas de los pinos. Soledades verdeazules miraban mi paso confiadamente. Puñados de flores crecían silvestres a la orilla de la ruta. Al término de la carretera recibí las instrucciones finales de boca de un campesino. Debía seguir mi camino atravesando potreros y flacas arboledas. Algunas cercas eran eléctricas y otras de alambre de púas, pero ninguna infranqueable. Más arriba los potreros lucían algo descuidados, cercanos a bosques nativos. Alguna construcción derruida marcaba cierto desaliento en colonizar aquellas tierras altas.

Una vez en la cumbre, un silencio rasgado por un aire suave golpeaba la montaña. El sol comenzaba a calentar la superficie de la tierra y el aire se agitaba poco a poco, como si apenas despertara. Pequeñas nubes se formaban justo frente a mí como fantasmas traviesos. La presencia de la ciudad podía sentirse sin embargo a través de su involuntario sonido gutural. Me senté sobre el pasto a comer algo de mi fiambre. La niebla móvil me producía una placentera sensación de recogimiento. Pero no estaba solo. De repente, un enorme cuerpo se me fue acercando de frente con un andar pesado. Era una vaca que al resoplar exhalaba un aliento cálido. Curiosa, olisqueaba la suela de mis zapatos. Conseguí atraerla aún más con un pedazo de pan dulce hasta que lamiera mi mano con su lengua carrasposa.

Entonces, como por ensalmo, el paisaje se reveló frente a mí. Allí estaba Medellín, estirada sobre un valle profundo. Al frente a lo lejos podía entrever el río Medellín y, detrás, el Centro de la ciudad. Sobre el costado derecho del río reposaba la gran planicie que alberga los barrios Estadio y Laureles, y más a la derecha las montañas que ponen límite a la ciudad por el occidente. Desde allí Medellín parece estar dentro de un gran cuenco redondo y no dentro de un valle. Una serranía que entra desde el occidente por detrás del aeropuerto oculta la brecha del río por el sur, mientras que la abertura del mismo por el norte quedaba fuera de mi vista. Pero en realidad el Aburrá es un

valle alargado, orientado casi perfectamente de sur a norte, solo que ensanchado en el medio.

Gracias a esta simetría cardinal el sol sale justo sobre las montañas orientales y se oculta por detrás de las occidentales. Y por estar Medellín en una hondonada los rayos tardan en llegar al fondo, aunque desde temprano en la mañana, en los días sin nubes, parece que alguien arrojara fuego tras las cumbres para calentarlo. Al mediodía la ciudad se ilumina de manera equitativa, cuando el sol inclemente parece apoyarse con toda la fuerza de su cuerpo sobre el fondo de la hondonada. Ya en la tarde el poniente golpea las montañas orientales hasta hundirse tras las montañas del lado opuesto. Dado que el disco solar se oculta con algo de prisa nunca le vemos su rostro rojo profundo, típico de los horizontes planos. Al final queda en el valle un fulgor tibio sobre el que entra de golpe la noche vibrante.

Con unos binoculares rastree el curso del río Medellín, estirado a lo largo de la ciudad. Siempre me ha gustado que sus aguas corran hacia el norte, como los grandes ríos Cauca y Magdalena. Tal como Colombia con estos gigantes, Medellín ha tenido gestos perversos con su río. El primero fue arrojarle toda su podredumbre, a él y a sus afluentes. Tanto, que aún hace cien años Tomás Carrasquilla decía que las aguas del Aburrá habían perdido toda su hospitalidad e inocencia. El segundo gesto es exclusivo de la ciudad, y fue quitarle al río sus vueltas naturales, que lo hacían parecer una enorme serpiente solazándose sobre el valle. De ahí que, en su estado natural, fuera dejando madre viejas y pantanos que se interponían en el camino de la urbe en crecimiento. Por eso a mediados del siglo pasado se decidió canalizar el río, hasta quedar tal como lo vemos hoy en día. El Medellín es ahora un río muerto que en las épocas de sequía apesta. Sin sus meandros y sucio, ha dejado de fluir con alegría para arrastrarse con vergüenza.

Habiendo ofendido al río, Medellín pasó a ultrajar el aire que respira. Ahora solo los domingos o

días lavados por la lluvia puede apreciarse el paisaje que los viajeros antiguos catalogaban como de los más bellos. En su camino al Magdalena solían detenerse a mirar el valle que se abría majestuosamente a sus pies, y sobrecogidos lo describieron en sus diarios. Pero esa vista es parte del pasado. Es sabido que la máxima preocupación del habitante de la villa ha sido los “menjurjes bursátiles”, como decía León de Greiff. Y el aire está precisamente entre los tesoros no contables. Sobre Medellín pende cual espanto —especialmente en el mes de marzo, cuando subí a mirarla desde lo alto—, una nube parda de bazofia. Sin agua y sin aire, de nada vale cualquier progreso humano.

Intenté observar con esfuerzo el Centro de la ciudad a través de la atmósfera borrosa. Ese conglomerado de edificios emblemáticos está sobre una porción de tierra con forma de abanico, enmarcado lateralmente por dos líneas imaginarias que van a encontrarse donde la quebrada Santa Elena termina de bajar de la montaña. Fue en el medio de ese abanico donde nació la ciudad, que pronto desbordó la explanada y comenzó a trepar por las faldas orientales. Y aunque los barrios llegan ya cerca del alto, un bosque tupido se ha conservado a lo largo del curso de la Santa Elena, gracias a lo escarpado del terreno.

Cruzando el río desde el Centro hay otra planicie, aunque más rasa y mucho más grande. La ciudad ha colonizado también esta parte que antes llamaban “otrabanda”, por hallarse precisamente en la orilla opuesta del Medellín. Allí los barrios crecieron más desahogadamente, y alguno como el amable Laureles fue diseñado a sus anchas por el artista Pedro Nel Gómez. También se acomodó sobre esa planicie el aeropuerto local, llamado anteriormente Las Playas, al igual que uno de los sectores de Belén. Lo aplanado de esta parte del valle hacía que las quebradas y el mismo río depositaran amplias playas arenosas. Por el tamaño de la otra banda, a sus barrios les ha costado más tiempo ocuparla por completo. Tanto, que apenas comienzan a arañar los contrafuertes de las montañas occidentales. Estos barrios del pie de las laderas conviven con las ladrilleras donde se producen los adobes con los que se ha construido la ciudad. Esa parte de la cordillera está hecha de una roca que al descomponerse ofrece una tierra ferrosa, que se moldea y se cocina para fabricar los ladrillos. La ciudad es rojiza vista a lo lejos, toda hecha de bloques de tierra cocida del llamado batolito de Altavista.

Desde mi puesto de observación podía ver el puente diagonal sobre el río que comunica la Universidad Nacional con la Plaza Minorista. Este puente une también la desembocadura de La Iguaná con la de la Santa Elena. Las dos quebradas forman una sola línea larga que hace cruz con el río Medellín. Desde el Boquerón hasta el alto de Santa Elena el valle está atravesado por esos dos arroyos, que marcan el sentido en el que —varios millones de años atrás— las montañas se desgarraron para dar lugar a la gran hondonada. El valle de Aburrá no es producto de la lenta excavación del río, sino de fuerzas tectónicas que abrieron una brecha enorme en medio de la cordillera Central de nuestros Andes.

Desde mis 2775 metros de altura, los voladeros de parapente estaban trescientos metros más abajo en la cornisa de la montaña. Los vientos cálidos provenientes del noreste se encuentran allí con la cordillera, y la corriente ascendente que se forma sobre la cuesta es propicia para que las livianas aeronaves puedan levantar vuelo. Cuando la veleta que mide la velocidad del viento es de color verde indica brisas mansas, aptas para todo tipo de vuelos. Mientras los parapentistas van llegando y alistan sus equipos, los gallinazos aprovechaban para echarse a volar. Con su visión infrarroja, esas aves negras detectan las corrientes térmicas del aire, al igual que los humanos ven el agua de un río que corre y se avientan.

Justo en ese lugar geográfico, el valle de Aburrá se estrecha y dobla hacia el nororiente, después de venir con una dirección casi perfecta desde el sur. Toda la hondonada, con las montañas y el mismo río, cambian de dirección al unísono, tuercen su camino. Ese giro no es otra cosa que un truco de mago del valle de Aburrá para parecer del todo clausurado en el norte. Con el cambio de rumbo, la gran depresión consigue que un observador dentro de ella piense que también las montañas lo cierran por el extremo. Al norte del valle, esa montaña corresponde al cerro Quitasol, ubicado a la izquierda del lugar en el que me encontraba, sobre la parte alta de la población de Bello. Sin embargo, el Quitasol es apenas el inicio de otra serie de montañas encadenadas que continúan hacia el nororiente, y no el tapón que se vislumbra desde el Centro de la ciudad.

De esta manera Medellín se cierra sobre sí misma, egoísta y ambiciosa, reteniendo las miradas de sus habitantes. Las montañas pueden ser a veces obstáculos ficticios, a pesar de su solidez. Así como en los horizontes planos se forman *fatás morganas* y otros espejismos que engañan al ojo, las montañas tienen sus propias máscaras. Al cruzarse unas tras otras en la lejanía no se puede saber con seguridad qué distancia las separa ni lo que hay entre ellas. Sin embargo, más allá suelen extenderse nuevos valles. Es eso lo que sucede con nuestro valle en su parte norte, que en apariencia se cierra y con él mueren todas las miradas, pero en realidad continúa, pues otra depresión se abre, donde están ubicadas las poblaciones de Copacabana y Girardota. Caminando un poco sobre la cumbre pude ver esa nueva hondonada, igualmente ilusoria en sus confines.

Es por este cañón al norte del río Medellín por donde entran los vientos que chocan contra la montaña donde me hallaba y ascienden de manera brusca, para beneficio de los parapentistas. Otra parte de esos vientos corrige su rumbo y continúa valle arriba, remontando el río. En su parte más superficial forma corrientes menores entre los edificios, sube o baja según las temperaturas del asfalto, hace rulos y cabriolas, mientras va peinando las cabelleras de los que transitan por las calles de la ciudad. En fin, juegos de niños, comparados con los poderosos alisios, más altos, que se acercan al valle desde el altiplano oriental, fríos y cargados de agua.

Muchos de los pilotos de los parapentes son jóvenes campesinos de la región lechera del altiplano noroccidental. Estimulados por la adrenalina, estos han cambiado el escurrir de las ubres de las vacas en las

madrugadas por el deporte extremo. Alcancé a ver los primeros tandems de piloto y pasajero surcando el firmamento. Me pareció escuchar los golpes secos de las lonas de las naves al ser azotadas por el viento. Se veían alejarse y aproximarse, cabalgando sobre las líneas en espiral de la tibia turbulencia. Ascendían, avanzaban y descendían por los etéreos caminos del viento, palpables pero invisibles, marcándolos para quienes permanecíamos en tierra. Las nubes dejaban de ser entes aislados para convertirse en hitos del recorrido de esos hombres que imitan a las aves. Mientras tanto, del otro lado del valle, las montañas orientales parecían lanzarse al vacío como cataratas de piedra.

Más abajo, sobre la falda de la misma montaña, estaba el cerro El Picacho, seiscientos metros por debajo de mis pies. Si quisiera podía bajar desde allí hasta su cima, que sobresale como una clavícula rota sobre la piel de la ladera. Suena extraño eso de “bajar a la cima”, pero con El Picacho ocurre lo mismo que con el Pan de Azúcar al otro lado del valle, a los cuales es más fácil acceder por encima. Primero debe bajarse por la montaña y luego ascender unos pocos metros hasta el pináculo, por un sendero que se acomoda a las salientes de la roca fresca. Casi podía ver desde allí el Cristo que lo corona, como un Prometeo castigado, clavado en arzones a la roca, mientras Zeus espera a que se arrepienta de haberles dado a conocer el fuego a los hombres y haberles enseñado las artes. Unos gallinazos que sobrevolaban la hondonada me recordaron un poema de Helí Ramírez. Sus líneas cuentan la historia de un hombre del barrio que “se brincó a Medellín, desde El Picacho hasta el Pandeazúcar”, y que en el aire se veía “como un gallinazo gigante volando su mortecina”.

La roca de la que está hecho El Picacho es una anfíbolita, una roca metamórfica de la que se compone buena parte de la montaña de la que surge. Los cerros El Volador y Nutibara, que se levantan uno detrás de otro sobre la planicie como lomos de ballenas en el mar de la ciudad, también están hechos de rocas macizas. El Volador es una anfíbolita similar a la del Picacho, mientras que el Nutibara es de una roca ígnea llamada gabro con algo de metamorfismo. Buena parte de las rocas que pueden encontrarse dentro del valle de Aburrá son metamórficas. Esto quiere decir que, siendo antes otras rocas, sufrieron el calor y la presión de un subsuelo agreste hasta obligarlas a olvidar sus formas originales.

Fue cayendo la tarde y decidí desandar el camino. Una nube gris proveniente del sur se aproximaba cabalgando sobre la abertura en forma de silla de montar del Boquerón. Una humedad fría alcanzaba a penetrar las fibras de mi abrigo ligero, y la cerrazón del potrero me invitaba a buscar refugio en tierras más bajas. Alcancé a retomar la carretera destapada cuando la noche era ya casi completa. Mientras hacía el trayecto hasta el pueblo podía escuchar las aves nocturnas, las corrientes de agua natural saltando sobre las rocas y los truenos que precedían la tormenta. A mis espaldas yacía la ciudad nocturna, que vine a ver cuando el autobús de regreso se recostó contra los primeros roquedales que miran hacia el valle. Las líneas del alumbrado público y las luces de las viviendas parecían chispas doradas en el fondo oscuro de la batea de un minero. ©



Echando paja

El día del “yo con yo” fue el pasado siete de mayo, pero yo no pude escribir estas notas porque tenía ocupada la mano con que escribo. El autor

por ÓSCAR DOMÍNGUEZ

De carambola, una decisión del presidente Bill Clinton que convirtió en oral su Despacho Oval de la Casa Blanca dio origen al día mundial del “yo con yo”.

Diccionarios como el de la Real Academia tomaron muy a pecho el lapsus de Freud y heredaron una cosa con otra. La mayoría de los diccionarios en inglés trae la doble definición de la palabra onanismo: masturbación y *coitus interruptus*. Para el cineasta Woody Allen “masturbarse es hacer el amor con alguien que amas demasiado”. Y agrega Allen que, si fuera mala la ancestral práctica, “Dios nos habría hecho los brazos más cortos”. Otro hombre de cine, Billy Wilder, tiene su propia jurisprudencia: “Cuarenta y cinco años masturbándome, y sigo sin tener fuerza en la mano”.

Don Francisco de Quevedo y Villegas habla de los “amancebados con la mano” y advierte sobre los riesgos del pecado, o vicio solitario. Y un contemporáneo poeta anónimo escribió: “Un mico enamorado de sí mismo se entregó con furor al onanismo y tras meses en la ímprobata tarea acabó el infeliz como una oblea. Moraleja: Mala cosa es el opio, ¡pero mucho peor el amor propio!”.

García Márquez no se quedaría atrás y en uno de sus cuentos un mico se complace a sí mismo al ver empetotarse a una mujer. Furioso, el marido de la maja desnuda despacha al mico por la vía rápida del balazo.

El filósofo Fernando González pone en idénticas cabriolas a un gato. En *El libro de los viajes o de las presencias* describe con pelos y señales el *modus operandi* del felino. “Y su aura es de temor, de pecado, de vergüenza”, escribe el Brujo.

Al escritor Héctor Abad, su taita lo sorprendió sacándole “brillo y esplendor” a su arma de dotación sexual. “Perdón, no sabía que estabas ocupado”, se disculpó el doctor Héctor, y dejó al vástago en su soledad en compañía. Lo cuenta en *El olvido que seremos*.

Tomás de Kempis, en *La imitación de Cristo* —traducción de Fray Luis de Granada—, se ocupa de ese pequeño tsunami erótico, a la manera de un místico: “Lo primero que ocurre al ánima es solo el pensamiento, luego la importuna imaginación, después la delectación y el torpe movimiento”.

Roma locuta

El catecismo de la Iglesia católica, promulgado bajo el papado de Juan Pablo II, lo ve con malos ojos: “Tanto el magisterio de la Iglesia, de acuerdo con una tradición constante, como el sentido moral de los fieles, han afirmado sin ninguna duda que la masturbación es un acto intrínseca y gravemente desordenado”.

Hay que anotar que la masturbación no se encuentra explícitamente prohibida en la Biblia, aunque algunos exegetas —tanto católicos como judíos— están de acuerdo en que a ella, sin mencionarla, se refiere Jesús en el Sermón de la Montaña cuando dice: “Y si tu mano derecha te hace caer en pecado, córtala y arrójala lejos de ti; mejor es que pierdas una sola parte del cuerpo y no que todo él sea arrojado al infierno”. El problema actual es que ya no tendríamos a dónde arrojarla porque, según el papa Francisco, el infierno no existe.

El señor Google, esa cosíánfira que de todo sabe, informa que “en 1710, un médico inglés de apellido Becker decidió apoyar la prédica eclesiástica contra las actividades sexuales no dirigidas a la reproducción, como la masturbación, y publicó un libro titulado *Onania y el pecado atroz de la autocomplacencia*. Medio siglo más tarde, el médico suizo Tissot tronó contra el pecadillo que rotuló, sin que le temblara la útil mano, como ‘la más mortífera y siniestra de las prácticas sexuales’”.

A los niños que hoy peñamos canas (cuando nos queda pelo) nos hacían *bullying* teológico por esa manualidad. Nos advertían que era pecaminoso y que su reincidencia podía secarnos la mano o hacernos crecer pelos en la palma. Y, claro, que el infierno estaba a la vuelta de la esquina para los amanguados con la diestra. O la siniestra, según la predilección del practicante. La muchachada, en ausencia de las páginas centrales de la revista *Playboy*, se inspiraba en la sota de bastos para sus fantasías. ¡Qué infiel era la sota!

De asuntos relacionados con el sexo no se hablaba con los padres. Era la época en que el Niño Dios era el Niño Dios, no el papá, y la incipiente televisión —en blanco y negro— empezaba a llegar a las casas de los pudientes de la ciudad.

En la escuela, era tabú menearlo. Los maestros desconocían las repuestas a lo que sucedía, al igual que los padres, muchos de los cuales llegaban vírgenes e ignorantes al “martirio”. Sobre todo las mamás, que se tenían prohibido el placer sexual —era pecado— y se dedicaban a “criar hijos para el cielo”, siguiendo el mandato bíblico.

Temprano en la vida, con los amiguitos de la barra nos reuníamos a arreglar el mundo. A veces, la pregunta de fondo era: ¿X vos, cuántas veces te la hiciste esta semana? Los tiempos cambian y, en asuntos de sexo, se acabó el misterio. Una niña de cinco años le notificó a su madre: O me explicás qué es un orgasmo, o lo busco en Google. Felizmente, la educación sexual desde las primeras emboscadas del sexo llegó para quedarse.



Cinturón de castidad masculino para evitar la masturbación en el siglo XIX.

Clinton, el inspirador

Dicho está que cuando Dios no viene manda al muchachito. En este caso se valió del entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, quien, como lo sabe hasta el policía de la esquina, mantuvo relaciones con la becaria Monica Lewinsky mientras estaba en el poder.

Clinton acabó siendo el inspirador de la efemérides de una forma un tanto anómala. Se lució al nombrar a la doctora Joycelyn Elders como la primera mujer afroamericana para el cargo de secretaria de Salud. No duró mucho en la chancha, porque a la Elders se le ocurrió decir en una entrevista que, para evitar el sida, era conveniente acudir a la masturbación “como alternativa al sexo, heterosexual u homosexual”.

Y agregó: “La masturbación es algo que forma parte de la sexualidad humana y tal vez debería enseñarse en las escuelas”. Suficiente para que Clinton —anticipándose a los *you are fired* en masa que haría el millonario y tuitero Donald Trump— despidiera a la pediatra Elders. Borró con el codo lo que la señora había hecho con la mano.

La fulminante destitución le encendió los bombillos a la multinacional Good vibrations (fabricante de cachivaches eróticos) para instituir, hace veinticuatro años, el Día Mundial de la Masturbación, que se celebra en mayo.

En muchos países, la ocasión se aprovecha para hablar sin tapujos sobre el tema de la sexualidad. La circunspecta BBC de Londres reporta en sus páginas que, en su momento, causó polémica en España una campaña de educación sexual en Extremadura, “orientada a los adolescentes, que los anima a la masturbación y al uso de juguetes eróticos”.

Bajo el título “El placer está en tus manos”, la Junta de Extremadura ofrece, a través de su Consejo de la Juventud y del Instituto de la Mujer, una serie de talleres de dos horas en los que se exploran diversos aspectos de la sexualidad y se tratan temas como la anatomía y fisiología sexual, la identidad de género y la autoestima. El ejemplo ha cundido. Hace tiempos la sexualidad dejó de ser tabú. Está en todos los menús educativos.

En alguna ocasión, el tema irrumpió en plena campaña política. El candidato ultraderechista Jean-Marie Le Pen les

aconsejó a las mujeres la masturbación para prevenir los embarazos indeseados. La propuesta la hizo en un debate en el Instituto de Ciencias Políticas de París. La galería lo abucheó y el electorado le negó su apoyo. Lo mismo ocurriría si algún candidato osara mencionar el tema en Colombia durante las campañas políticas, en las que a los aspirantes se les obliga a hablar de lo divino y lo humano.

La verdad del término onanismo

El pasatiempo erótico más viejo de la humanidad, la masturbación, metió entre los palos a Onán, por el error de Freud —fundador del psicoanálisis— que le adjudicó la paternidad del invento.

No le fue bien a la familia del calumniado Onán: cuenta la Biblia, en el Éxodo (capítulo 38: 8-10) que Er, primogénito de Judá, casado con Tamar por escogencia de su padre, “fue malo a los ojos de Yahvé, que le hizo morir. Entonces Judá dijo a Onán: Cásate con la mujer de tu hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descendencia a tu hermano. Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba en tierra, evitando así dar descendencia a su hermano. Pareció mal a Yahvé lo que hacía y le hizo morir también a él”. Queda claro que Onán no practicaba el hoy mal llamado onanismo, sino el *coitus interruptus*, como se le bautizó después.

Se había pasado por la faja la ley del levirato (del latín *levir*, hermano del esposo), consignada en el Deuteronomio (capítulo 25: 5-10). La norma buscaba proteger los derechos de propiedad del difunto por medio de la continuación de su descendencia. El primogénito del matrimonio por levirato tenía los mismos derechos, como si hubiera sido engendrado por el difunto esposo de su madre.

Judá, el padre de los dos, sin darse cuenta resultó ser el padre de la hija de su yerna que se quedó esperando a Selá, el tercer hijo. La insólita historia se puede leer completa en el Génesis. Y colorín colorado... El resto es paja. ☺

“Confiar en este empelicule, eso no lo hace cualquiera”

Hace 10 años tuvimos un sueño, tener una sala de cine para la comunidad un proyecto cultural que gracias al apoyo de Confiar hoy está transformando muchas vidas.

Janeth Gallego,
Festival de cine comunitario Ojo al Sancocho

Nuestra sala de cine Potocine en Ciudad Bolívar, es otra muestra de que cuando te dan la confianza pasan cosas maravillosas.

EL PODER de la confianza

www.confiar.coop | | **cooperativizando para el bien vivir**

confiar
COOPERATIVA FINANCIERA

Novedades Editorial EAFIT

Colección Libellus



Las cadenas de la subjetividad
Maria Rocío Arango R.



Actualidad de la filosofía política
y otros ensayos
Iván Darío Arango

Colección Letra X Letra



El paquete
Sebastián Veásquez



Nunca olvidamos nada, nena
Gerardo Ferro Rojas



Universidad EAFIT
Bloque 3
Oficina 115
261 9500 Ext. 9962

Editorial EAFIT, un espacio para la producción académica y literaria

El cementerio San Lorenzo es un altillo revelador. Bóvedas vacías y ponientes envidiables. Las tumbas han permitido que sobreviva un poco más de verde en esa tribuna para vigías. El cronista decidió quedarse en lo más alto. Buscar su historia entre los muertos que ya no están. Encontró una muerte reciente, una emboscada con público. Aquí está su carta para la hermana del muerto más joven del cementerio. Conversaciones desde San Ignacio es un proyecto de Comfama y Universo Centro.

Me recogiera tu mano y me sembrara

por JUAN ÁLVAREZ

Ilustración: Hansel Obando

La gente distraída cree que los cementerios son el lugar cierto y definitivo donde siempre hemos sepultado los despojos de nuestros muertos. Pero no es así, Sandri. Los cementerios católicos son inventos nuevos, y también mueren.

Este en el Centro de tu ciudad, que traes atravesado en la garganta desde el homicidio allí de tu hermano, fue construido en 1825, hace poco menos de doscientos años. Si me preguntas, eso es anteayer, porque está dentro de los márgenes de la República, lo que ahora no importa porque no estoy acá para hablarte de historia. Estoy para recorrer contigo esta ruina y para bregarle a través de la poesía, el tribunal en el que confío.

Antes de saber tu nombre, tu edad y tu gusto por las extensiones para las trenzas, antes incluso de poder imaginar que estaría acá estrujándome los ojos para mantenerme alerta mientras te escribo, caminé aquel andén que circunda el cementerio, el camino inclinado que conduce a su puerta y las mangas alrededor que lo delimitan.

Caminé y contemplé, Sandri, con la sensación de que no debía estar ahí, porque entraba sin razón en un reino de cenizas metafísicas, que es una manera rara de decir que entraba en un cementerio, donde los huesos timbran alarmados y el aire como que te obliga a considerar una densidad y una saturación de desconsuelo que no sabes si es el desordenado pasado de los muertos o el escaso futuro de los vivos.

El Cementerio San Lorenzo remata las faldas de los cerros El Salvador y La Asomadera. Cerca suyo uno transita los barrios Colón, San Diego y Las Palmas, pero para ser precisos se trata del sector Niquitao, zona de casas viejas de adobe y tapia convertidas en inquilinatos y despreciadas bajo el rigor de una expresión frecuente: “eso allá son ollas”.

Quizá creas que el hecho de que quiera contarte este espacio sin huesos a través de la poesía significa que podemos ser imprecisos, vagos, aladaños. Nada de eso, manita. Es exactamente al contrario: dado que entrañaremos estos ladrillos desde la poesía, debemos ser más meticulosos que nunca; la poesía solo emite las mil direcciones que emite cuando parte de un núcleo preciso, detallado e incontestable. “Las ruinas obligan a tocar”, dice un verso de Nicanor Parra, y creo que hablaba de esto mismo.

El Cementerio San Lorenzo son dos fachadas, ambas simulaciones de entradas de iglesia, gesto arquitectónico al cual acudió la Corona para persuadir a la gente, desde finales del siglo XVIII, de la necesidad salubre de dejar de enterrar a los muertos en las iglesias y empezar a hacerlo en cementerios. La portada exterior está interrumpida a un costado por una galería a medio camino que la corta en diagonal, y completada por otra galería al costado opuesto en forma de ele con más cara de conjunto de osarios. Tres metros después de la portada interior, rematada a los costados por campanarios, está el recinto central, antecedido por una galera de arcadas de ladrillo bermejo cocido. Ya adentro, el cuerpo principal de la ruina se inclina levemente hacia arriba en dirección a la manga

trasera, lo que hace que experimentemos el enorme cuadrilátero de bóvedas en clave de ciudadela en fuga.

La ficha de inventario del Ministerio de Cultura, fechada el 3 de marzo de 2006, habla de “arquitectura funeraria de corte neoclásico”. Quién sabe eso qué signifique, Sandri, pero uno allí adentro está en otro centro, en una especie de subcentro rojizo, y no porque materialmente esté en otro tiempo, sino porque la cabeza arriba para encuadrarlo todo como que te gobierna el cuerpo y te estremece; entonces caes en cuenta: está vacío. Un predio de 8902 metros cuadrados, 480 de ellos construidos, y sin embargo vacío. Y no vacío porque sus cientos de bóvedas hayan sido desocupadas en 2004 de los cuarenta mil restos de quienes una vez yacieron allí. No, Sandri; el cementerio está vacío porque trasuda dolor, y de ese dolor plantado en la oscuridad de bóvedas y cenizarios alguien algún día tendrá que jalar.

Las inhumaciones fueron suspendidas desde finales de los ochenta. Los osarios funcionaron hasta 1996. Esas decisiones de clausura se explicaron a través de la higiene, que es como la poesía misma, Sandri, porque al fondo de la página ves una bacteria y un germen, pero tú eres la bacteria y el germen.

Por esos años de finales de siglo empezaron los “diagnósticos técnicos” de la zona. Sus documentos hablan del origen de los asentamientos populares alrededor del Camellón de la Asomadera; de la migración campesina a raíz de la crisis minera y la depresión económica de los años veinte y treinta; del valor, para esa población transeúnte y comerciante, de los hoteles familiares de Niquitao, convertidos luego en inquilinatos.

Es un relato paradójico, Sandri: de un lado parece tejido por el ánimo de reconocer el patrimonio sociocultural detrás de las historias de barrio de un pueblo inmigrante con anhelos de progreso, pero de otro asoma la puntada del “desarrollo bajo del sector y su deterioro físico y social” asociada a esos mismos fenómenos de comportamiento vecinal. Como un paso adelante y dos atrás.

Esta y otras paradojas están registradas en cientos de páginas y tablas de un documento “técnico” que imagina y traza cuál será su naturaleza y comportamiento y sin embargo ofrece profecías y distribuciones que no han pasado de un cambio del suelo y dos manos de pintura. La Biblia “técnica”, Sandri, y aquí “técnica” quiere decir “municipal”, es decir pensada y escrita por sujetos al servicio de la Alcaldía de Medellín, se llama Plan Parcial San Lorenzo, fue terminada en 2003, se sustenta en una cadena intrincada de decretos y tiene como propósito general “la creación de espacio público que permita la apertura e integración territorial de los barrios”.

Suena noble, lo sé, Sandri, y quizá incluso lo sea, la cosa es que inmediatamente, en la misma frase, ¡UNA COMA DESPUÉS!, la Biblia dice: “las edificaciones existentes en desuso de los cementerios se han convertido en barreras que no permiten la comunicación tanto peatonal como vehicular, haciendo del sector un laberinto sin lugares de encuentro”.

Claro que la poesía es una educación para vivir en la paradoja, te lo concedo, pero ocurre que la poesía y la urbanística, a diferencia de la poesía y la higiene, son dos cosas distintas, y resulta difícil entender cómo, el espacio que primero señalan de “barrera”, va a ser más tarde factor de “integración territorial”.

Sé que entiendes qué quiere decir paradójico y todavía más “relato paradójico”, y si no es el caso, ahí tienes el diccionario que te regaló tu amiga Daniela Arbeláez. Todo lo que sé de ti, Sandri, y prácticamente todo lo que sé del Cementerio San Lorenzo, lo sé gracias a Daniela, investigadora de Casa de las Estrategias, tu aurora feminista, quien estaba allí en las escalas de entrada al camposanto la noche del 14 de octubre de 2017, cuando el día soleado de festival se reveló funesto.

Me cuesta conciliar las horas de conversación con Daniela.

Por un lado está la prolijidad de la terminología —“cuantitativa y cualitativa”— con la que me contó las tareas y acciones detrás de la Fundación y su relación con Instinto de vida, una red latinoamericana de treinta organizaciones sociales concentradas en la reducción de la tasa de homicidio.

Por otro, sin embargo, están sus confesiones llanas sobre la manera lanzada como se quebró al día siguiente mientras averiguaba y entendía quién era Yasser Alberto Murillo Granados, a quien todavía puede oler cuando le pasó por el lado mientras huía, y sobre quien jamás olvidará, manita, allí de pie entre las dos fachadas, el hecho de que, tendido sobre la reja improvisada en que lo recogieron, parecía un hombre de cuarenta años y no notó que fuera negro de lo pálido que estaba.

Aquel festival en torno a la estrategia #NoCopio les tomó ocho meses de gestión. Cientos de papeles, permisos, alianzas y dineros que fue proeza conseguir. Daniela recuerda esas diligencias con amargura. Eran permisos de seguridad y cuidado del espacio, peajes municipales para hacer realidad, precisamente, el propósito del cementerio ruinoso como espacio público apropiado por la gente de la periferia, pero a la hora de la tragedia, la ambulancia parqueada al frente, durante todo el día, quién sabe a dónde se esfumó.

El cementerio y sus mangas no han vuelto a ser tomados por la cultura, aunque en mis días de visita siempre vi parches esquinados tertuliano y fumando el tales o pelados rasgándole pátina con piruetas de parkour. Lo cuidan tres vigilante privados en turnos de doce horas. La fachada del recinto central permanece con candado, a pesar de que se trata de una ruina porosa con decenas de maneras de entrar.

Entrar allí.

El poeta chileno Christian Formoso publicó hace diez años un poemario deslumbrante que da voz y alegato a los muertos del Cementerio Municipal de Punta Arenas, en la región de Magallanes. Allí estos versos, Sandri, que me hacen pensar en ti y en la alegría cortada a tu hermano una vez supo que se iba del mundo a los diecisiete años, asesinados a puñalada y machete en un cementerio vaciado y lleno de música y luces y el estruendo de un público convocado para celebrar el valor inexorable de la vida:

A mi hermana dulce que detuvo su señuelo y que despierta cada día en un lugar abandonado: aquí dejamos su seña: la seña nuestra para volver, perdidos nosotros en desconsuelo: aquí dejamos el testimonio: se levantó de entre los muertos y entre los no nacidos, y salió de entre las sombras como carne de cañón.

Lo extremadamente hermoso de las ruinas radica en que su decaer es siempre una retoma de la naturaleza. Allí donde el ladrillo ha sido abandonado



el arte que todavía vive en ellas
el reino vegetal que empieza a
vivir en ellas.

Ese yarumo somos nosotros, Sandri: una improbabilidad que luchamos por hacer posible.

Ahí disculpa las palabrotas angustadas —dizque “prolijidad”, dizque “inexorable”—; son los códigos del tribunal de la poesía (o de la mala poesía; disculpa el triple).

También, quiero que sepas que no me contuve. Cada vez que pensé Voy a cambiar esta palabra porque a lo mejor Sandri se desconecta, no lo hice, porque esa postura de rebajarle el vocabulario a la gente que uno respeta significa empobrecer la realidad, y eso para mí es inmoral.

Un último verso sobre moral, este sobre la moralidad de la memoria y de nuevo del poeta Formoso, el chileno que cantó antes y quien habla del dolor propio de cementerios y pueblos que, en su fantasía de progreso, no entierran solo los cuerpos de los muertos sino los traumas implicados en el asesinato de esos cuerpos; pueblos afanados y compuesticos, manita, pueblos deseosos de la ausencia de vestigios.

Los versos, pues, y este Me despido, que espero recibas con el calor con que el aire recibe las baladas:

Me recogiera tu mano y me sembrara, al fondo de tu patio y tu ventana, y me regaras con tu llanto por mí, por mi lloraras día y noche sin parar, y mi semilla fuera fértil en tus venas, y naciera en ti mi sueño y mi memoria, y tu sueño fuera yo dentro de ti, el sueño, el cementerio más hermoso, por nacer regado en tu llanto. ☺

María de los placeres auríferos

por ANAMARÍA BEDOYA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Su figura enjuta, levemente jorobada, cadera hacia adentro, le ha hecho perder altura, pero ni siquiera el caminado desgarrado le quita el aire de mujer vehemente en el que se mueve dueña de sí misma. Aunque quien no la conozca fácilmente puede confundirla con un muchacho laborioso, un pelirrojo de pantalones oscuros remangados hasta la rodilla. María se descalzó apenas pisó las primeras piedras de la maloliente quebrada, lechosa, turbia.

—¿Y a vos quién te enseñó a barequear? —Viendo uno aprende. Desde los ocho años cogía café y cuando se acababa la cogienda nos íbamos pal Cauca a lavar oro. A mí me trajeron a Medellín de trece años. Nos vinimos a vivir a La Iguaná, y vimos que esa tierra ahí era muy rara, muy pantanosa y mona. Y yo dije, esa quebrada pa mí tiene oro... Uf. Mamita no creía. Empezamos a lavar y vimos chispa y mandamos por batea.

La Iguaná prolongaba su música de cascabel de arena y piedrecillas, esa que hace cincuenta años arrulla el sueño de María. Eso es casi toda su vida desde que su familia dejó Liborina y se asentó en Blanquizal, barrio enclavado en una ladera pantanosa y montuna de Medellín, habitado por familias migrantes, en su mayoría de pueblos antioqueños y chocoanos.

Muñecas sin brazos, tarros de diferentes tamaños y colores, aros de plástico, restos de bolsas, pañales cagados, pedazos de tela, latas oxidadas, vidrios. Todo lo que le arrojén lo arrastra la quebrada que nace impoluta a los 2900 m.s.n.m., en el Cerro de Boquerón, al occidente del valle.

—¿Y en Liborina cómo intercambia el oro?

—Se le vendía a los joyeros... Y ya, uno se iba a mercar con eso.

—¿Qué cosas compraban? —Compraba uno comida y ropa, y carnita, que en ese entonces la metíamos en bateas con agua con sal y manteca de tarro. —¿Acá dónde vendés el oro? —En las compraventas. —¿Y cuánto sacás en una jornada? —Muy relativo. A veces me saco el grano, y me da hasta ochenta o cien según a lo que pese. Pero también hay días que no me saco sino veinte mil, cuarenta mil pesos. —¿Qué hacés con esa plata? —¿Pues qué va ser si no pagar deudas? Mercar la comida, pagar los servicios, comprar el gas.

Dio pequeñas zancadas entre las piedras con agilidad de anfibio. Mientras tanto, cateó con la mirada el punto donde iba a detenerse. Después de andar unos seis metros, bajó las herramientas sin despegar el cigarrillo de la boca. Clavó la pica contra la tierra —golpe amortiguado y seco—, arrancó el pedazo encapotado lleno de hierba e hilachas plásticas.

—¿Cómo sabés dónde buscar? —Perro viejo late sentido. Yo por decir, acá hay una caída de la creciente. Raaan. Yo en ese caño me puedo meter y sacar cualquier chispa buena. Ahora cuando uno encuentra peña roñosa. Aaay —se lamió los labios—. Eso sí es sabroso. Ahí es donde están los granitos.

Arqueó sus nervudos brazos, hundió en el agua el plato cóncavo y como si fuera a estregar un trapo, sacudió el capote hasta que solo quedaron piedrecillas menudas. En este punto, se acomodó para concentrar la fuerza en los suaves movimientos orbiculares que hizo meticulosamente con la batea.

Hundió una y otra vez la mano a la quebrada, vertiendo sobre aquel asiento de arena las gotas que escurrían de las

puntas de sus dedos, con la otra mano giraba lentamente el plato. Lo hizo mientras aspiraba el segundo cigarrillo, apretándolo por una comisura de los labios. En el fondo del plato, María señaló un minúsculo punto que resplandecía con la luz de la mañana. Era un cascari-ta dorada, apenas visible.

—Vea, esta es la chispa de oro —dijo tomando el cigarrillo con los dedos húmedos—. Si quiere lléveselo para que se lo muestre a ese güevón —soltó una carcajada sonora y ronca, refiriéndose a Juan Fernando Ospina, el fotógrafo y director de este periódico, a quien ella se encontró en su barrio cuando él cumplía una de sus salidas fotográficas, y le contó sacándole la batea que guardaba bajo su cama que era barequera en la quebrada La Iguaná.

Era una chispa aplanada como un grano de ajonjolí. María necesitó para sacarla el instinto, la mirada sagaz, tres herramientas vetustas introducidas en América por los colonizadores españoles hace más de cinco siglos, y una milenaria técnica copiada de los pueblos aborígenes.

—¿Ahora sí me cree que lavo oro? Entonces usted se lo lleva y le pregunta cuándo va venir a tomar la foto —volvió a reírse socarrona, en los ojos el brillo del pabilo, y en la voz rauca un matiz de reproche.

Indios y negros fueron obligados a barequear en los ríos hasta el desfallecimiento, sacando, grano a grano, oro para unos reyes anónimos que los consideraban salvajes antropófagos sin alma. Oro para comprar marfil de la india, perfumes de Arabia, seda de Calabria; oro para construir descomunales catedrales, contratar a los más cotizados artistas de la época; oro para erigir las fortalezas en el Caribe de donde partían galeones cargados de oro.

Lenis es un tipo alto y macizo, la piel bronceada por una infancia bajo el sol de Segovia, pueblo minero al norte del departamento. De su infancia, tiene un recuerdo muy nítido: hombres y mujeres barriendo las calles de Segovia que luego llevaban lo barrido a los entables donde procesan el material para obtener el oro que luego vendían en una compraventa. Esa imagen lo ha perseguido, aguijoneándolo de preguntas que lleva ya tres tesis grado respondiendo.

“Las minas no les pertenecían a los mineros, estos tenían que denunciarlas para que la autoridad les diera los respectivos permisos. Ellos llevaban un registro contable de todo lo que sacaban cada día y luego debían ir a la casa de fundición, una entidad de Estado colonial, a convertir el mineral en barras y luego en monedas. Por esto le pagaban al Estado el impuesto que le correspondía”, comentó dándole sorbito a un café oscuro muy caliente.

Mientras la Corona emitía sus reglas fiscales, a los puertos llegaban barcos atestados de contrabando, que los comerciantes cambiaban por el oro en polvo, polvo hecho chispa a chispa, sin pagar impuestos.

“La nuestra es una cultura evasiva, desde siempre. A los comerciantes, los llamaban tratantes o rescataantes de minas, un concepto bellissimo porque un rescateante de minas es el que rescata el oro. ‘Y ese oro en polvo yo se lo cambio a usted, ¿qué necesita?, ¿maíz?, ¿tasa-jo?, ¿lienzo traído desde Quito?’. El oro se le fugaba al rey, no podía centralizarlo porque los comerciantes lo sacaban de esos lugares y a su vez intercambiaban productos con naciones enemigas de España, con franceses, ingleses y holandeses que traían lozas chinas, instrumentos musicales, bebidas fermentadas, aceite de oliva”.

Pasó un mes en que María no se metió a la quebrada. Fue un año nuevo po-brísimo. Acaba de cumplir 64, se acordó de su cumpleaños al final de una tarde de noviembre, cuando alguien a quien le pidió prestado para recargar la luz de su casa le recordó que ella no era ninguna pensionada.

La culpa de todo es del hongo extraño e invisible que le producía piquiña día y noche, dijo. Dos pliegues se formaron en su entrecejo. De seguro lo cogió en La Iguaná. “Quebrada inmundada. Quebrada malparida”, escupió cruzando las piernas enjutas, secas e irritadas.

—¿Sí supo que están indemnizando a los barequeros de mi pueblo? A mí no me dieron nada.

—¿Quién?

—Supongo que la Alcaldía. Que pa que ya dejen de barequear.

—Yo no he escuchado de eso, María. Lo que sí sé es que hasta finales de diciembre los barequeros tenían plazo de inscribir el Rucom y sacar el rut para poder comercializar el oro.

—¿Qué?, ¿ruqué?

—El Registro Único de Comercializadores (Rucom). Los barequereros tenían que inscribirse ante las alcaldías de los pueblos para poder vender el oro que extraen.

—Oigan pues, a mí nadie me ha pedido eso.

Diciembre de 2017 fue la fecha límite para que los barequeros y chatarreros (procesadores del mineral sobrante de la minas de veta), reconocidos en el actual Código de Minas dentro de la minería de subsistencia, se inscribieran ante la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales (Anla) y llenaran los requisitos exigidos para comercializar el oro con un tope de hasta máximo cuarenta gramos por mes.

Miles de barequeros y chatarreros fueron suplantados por comercializadoras que legalizaron el mineral del que no podían certificar su origen. Lo hicieron hasta que la Dian empezó a detectar

evasores de impuestos que reportaban una millonaria producción anual de oro. Y resultaron ser barequeros, gente que pasa todo un día metida en un río buscando oro para subsistir podía reportar hasta mil millones de pesos en un año.

Solo en 2016, de las sesenta toneladas de oro exportadas, 45 fueron a nombre de barequeros y chatarreros. Y de esa cifra, el 87 por ciento fue de origen ilegal, lo que en dólares significó 1800 millones. En 2017, luego de las nuevas exigencias para evitar la suplantación —rucom, rut y el certificado de origen—, se reportaron poco más de dieciocho toneladas. De 120 mil y piquito barequeros registrados, solo 55 mil quedaron habilitados tras el filtro.

—María, ¿vos a quién creés que le pertenece el oro que sacás?

—Todo eso es de midiosito.

Fumaba su cigarrillo con ansiedad, sentada en el bordito de la cama tendida de blanco. El semblante casi apagado si no fuera por su cabello corto, ondulado, tinturado de rojo cobrizo encendido. En este cuarto minúsculo y aséptico, que barre, trapea y sacude cada mañana, hizo su propia casa dentro de la casa en la que vive junto a su hijo menor, la nuera, los nietos, la novia de uno de los nietos, un gato y dos perros criollos.

La cama de madera está adosada a una esquina de la habitación; al lado está el escaparate, colgados a la pared cerca

del techo, tres pares de zapatos de cuero gastado con tacón bajito; debajo del escaparate, unas cobijas revueltas en las que dormita una gallina colorada. Junto a la puerta que le separa del resto de la casa, una nevera donde guarda aguapanela, leche, mantequilla, unos tomates.

Frente a la cama, la ventana abierta de par en par. Pasa la luz del día que ilumina y airea el cuarto, librándolo del olor a nicotina. Se ve un mango, la quebrada y más allá, un matorral alto que oculta la doble calzada de 4,1 km, una obra que pertenece a las Autopistas de la prosperidad. La promesa de salir al mar, de llegar más rápido, a los puertos cargados de... Y arriba la mirada, una hiler de edificios largos, estrechos y grises.

—¿Cuándo te tinturaste el pelo?

Se levantó de la cama y fue al escaparate, de un cajón sacó un tubo metálico de tintura.

—Qué color tan feo. Tan ordinario —comentó mirándolo con desprecio—. Dizque caoba chocolata. Es que ese pelo mío es pelo natural, ¿yo a usted le mostré la foto de cuando yo era joven? El pelo mío era colorado.

Tomó un álbum fotográfico de carátula azul pálido, acarició la cubierta. Alguna vez estuvo a punto de tirarlos a la basura, de no ser porque el marido la contuvo. “Mija, no bote sus recuerdos”. Le gustaba que ella le contara las historias de aquellos amores extranjeros y

fallidos a los que ella les pedía fotos que iba archivando meticulosamente. Con sus dedos achatados, pasaba las fotos pegadas a las hojas ambarinas.

—Vea, este era un ingeniero de Canadá. Este era un brasilero, Briano, él conoció el pueblo mío. Y se enfermó por allá de comer. Este otro se entregó al vicio y al juego. Mató a un hombre. Ese es de Venezuela, Miguel Lara. Esta soy yo cuando vestía cortico. A este le pegaron un machetazo. Este es otra vez Briano, en las cascadas allá del pueblo, ese media unochentayochito. Aquí yo cuando estaba en dieta del niño. A este muchacho lo mató una volquetra. Este era un cantante del Jardín Pilsen. Vea yo en el embarazo de Milena. Veáme acá con uno de esos de por allá de los lados de New York. A mí me llamaban la pelirroja. ¡Ay, pero ese hombre me regalaba dólares, ay! Y aquí cuando empezó la moda del vestido largo. A este lo mataron y lo dejaron pegado de la cama. Aquí estaba yo, bailando tango, cuando estaba en la caída me tomaron esta foto.

Domingo aletargado. En la casa de María estaban sus hijos y sus nietos, esperando a que ella resolviera el almuerzo. Escuchaban música electrónica y hurgaban la cocina estrecha de baldosines curtidos buscando algo para embolar el hambre. María salió del cuarto y los fulminó con la mirada, regresó con una olla, un cuchillo pequeño y una





María con su familia en Liborina. Barequeros, pescadores y bogas fueron los oficios que por generaciones desempeñaron, hasta que decidieron abandonar su pueblo para buscar suerte en Medellín.



María con uno de sus amigos extranjeros. Le ofrecieron llevársela fuera del país, pero ella nunca cedió a la idea de estar lejos de sus hijos.

bolsa llena de papas criollas. Puso la olla sobre su regazo y fue pelando papa por papa, con un corte limpio y sin tropiezo.

—Yo le pedía a miosito que me diera un hombre de verdad. Y bueno. ¡Ayyy! —volteó a mirar la foto de su esposo, los ojos entrecerrados, acoquinada—, Dios me lo bendiga donde esté a mi negrito, tenía una alma blanca y bondadosa. Todo el mundo me lo quería. Rómulo Perlaza. Yo le conté que de ahí en la quebrada uno sacaba oro y él se burlaba de mí. Y entonces nos fuimos con una bateita que habíamos hecho de llanta, y ya empezamos a sacar y ya cuando nos veíamos mal nos echábamos a la quebrada.

María conoció a su marido en la Heladería Palacé. Trabajaba de mesera, limpiaba casas y barequeaba en La Iguaná. Atendió la mesa donde él se sentó a tomarse una cerveza después del trabajo, era obrero de construcción. Un moreno de brazos fuertes, pelo corto, churrusco, rostro anguloso. A ella no le pareció bonito.

Cerró una bolsa llena con los restos de cáscaras de papa, hizo un nudo, se acercó a la ventana y la tiró al matorral.

—¿Usted está bien así como está? Espere y verá yo traigo para acá los gajotes y los arreglo —dijo yéndose.

Volvió con una tabla de madera, seis cabezas y seis patas de gallina. Cerenó las viscosas laringes y barbillas, desechándolas en una coca.

—María, ¿para qué sirve el oro?

—El oro sirve pa hacer alhajas muy bonitas, y pa uno comer de él, ahora tengo entendido que hacen armas de cacha de oro, los mafiosos —usaba la punta afilada del cuchillo para enfatizar lo que decía, como si pudiera clavar sus palabras en el aire.

—¿Qué alhajas de oro tenés vos?

—Ya no tengo nada de oro. Si un día casi me matan por una cadenita de plata. Me arrancaron un pedazo y la otra quedó enredada en el coso del brasier.

—¿Qué harías si tuvieras mucho dinero?

—Disfrutarlo, darme la gran vida. Uno nunca debe ser ambicioso porque el oro se pierde. El oro a usted se le puede convertir en ceniza, en carbones, en hierro, en culebra.

—¿Y qué es para vos la gran vida?

—Comer bueno y pasear. Conocer toda Colombia. También me gustaría ir al Brasil a ver si veo al Briano. Yo lo apreciaba tanto. Sabe qué no me gustó, que me decía que él me llevaba para el Brasil, pero que apenas llegáramos allá nos casábamos. ¡Ah, uno qué se va a casar con un guevón que uno no quiereee!

Al cuarto de María entró la nieta, un muchachita de doce años, trigueña de cejas oscuras, pijama corta de ositos, los pómulos salientes como los de María.

—¿Mita, me va dar aguapanela?

—Saque de ahí —contestó de malagana, tirando a la quebrada los pedacitos viscosos—. Ah, es que yo consigo lo mío, ellos que pelechen como puedan, ah... —su ceño volvió arrugarse, prendió el tercer cigarrillo en una hora. Le agarró la toz seca y apenas logró recuperarse le dio una calada.

La gallina colorada salió de su nido haciendo un ruido ahuecado, un pequeño huevo rosáceo rodó de las cobijas al suelo. María se lanzó a recogerlo, luego se agachó bajo la cama y sacó una coca en la que tenía más huevos guardados, un poco más de una docena. Volvió a esconderla.

La incipiente república, recién independizada de la Corona, se posicionó como la segunda patria con mayor producción de oro después del Brasil durante el siglo XIX. El oro fue la gran locomotora, pero la nación estaba endeudada con las naciones enemigas de España, las cuales le dieron el empréstito para librar la independencia.

Fue el inicio de la minería de veta y de la llamada minería científica moderna. Molinos de piones, técnicas de fundición, la amalgamación con mercurio, las dragas para ríos, los monitores hidráulicos o las máquinas de vapor fueron imprescindibles para la nueva minería. Además de transformar la producción generó el apego a la tierra.

Las familias de la élite antioqueña también financiaron gran parte de los caminos por donde llegaría la tecnología industrial, fundaron los primeros bancos, levantaron almacenes de comercio con productos importados, e hicieron en Medellín casas diseñadas por arquitectos europeos a orillas de una quebrada que todavía corría limpia y destapada, muy cerca de corazón de la Plaza Mayor, donde se congregaba el poder económico, religioso y político.

La plaza llevaría el nombre de Pedro Justo Berrio, quien en 1869, durante su segunda presidencia del estado soberano de Antioquia, informó que como el oro era casi “la base exclusiva de las transacciones del Estado y la única garantía del comercio con el extranjero, era necesario estudiar científicamente la composición y la naturaleza intrínseca de los metales y la manera de aquilatarlos”.

“La gran industria que comenzó a desarrollarse en las décadas del veinte y el treinta del siglo XX (Fabricato, Coltejer, Postobon) surge de esa mecanización que se dio por la minería. Para que se hubiese desarrollado, fue necesaria la acumulación de capital y la valorización de la técnica. No sé si la metáfora de la máquina pueda servir para entenderlo, todo debe funcionar de manera sincronizada. El oro mueve todo pero la gente no come oro ni se viste con oro. Y el valle de Aburrá, a pesar de que es un lugar de poblamiento espontáneo, adquiere tanta importancia que desplaza a la vieja capital de la provincia, ¿por qué? Porque aquí está la vida, está la comida, están las aguas, están los parques”, dijo Lenis.

Esa mañana de sábado de junio, María no atrapó ninguna chispa con su batea. Durante más de dos horas insistió acullillada entre las piedras, los pies descalzos cubiertos por las mucilaginosas aguas de La Iguaná. Lavó pacientemente varios tajos de capote expurgándolos con sus ojos castaños verde aceituna. Y fumó como loca para espantar los tábanos. De vez en cuando, alzó la vista para mirar a Juan, que le tomaba fotos al otro lado de la orilla. María lamentaba que justo ese día hubiera ido Juancito, como ella le dice. No vería ni una chispa.

Metió la batea a un costal blanco. Encorvada, mirando a Juancito en la otra orilla, cruzó la quebrada usando la barra como bastón, calculando a cada paso la profundidad del agua, que le llegó un poco más arriba de la rodilla. Al llegar al otro lado, descargó el costal junto a una piedra, se calzó los pies con sus chancas plateadas sacando un cigarrillo. Le dio suaves caladas.

—Yo le he sacado oro a esa quebrada... Allá arriba está la mina —comentó señalando la montaña aguda que se alza por encima de las demás, allá donde nace la quebrada—, eso era de los indios.

Se echó al hombro, recto y duro como un ladrillo, las herramientas y el costal, su espalda se jorobó y sus piernas se abrieron como ganchos, caminó arrastrando sus pies. Sucia, mojada, arrugada por el frío. Juan la siguió con el lente de la cámara, adelantándose para tomar su figura mustia desapareciendo bajo el dintel de la casa.

Sobre la cama, tendida con una colcha azul, puso un jean estrecho levantacola, un brasier morado de copa tiesa y con almohadilla y unos calzones blancos de tiro alto. Detesta la ropa interior que no combina, contó sacando del escarapate un jabón perfumado, un tubo de crema de dientes y un tarro de crema para el cuerpo.

—Es que no vaya a creer —dijo antes de meterse al baño—, uno debe ser pobre pero aseado, ¿cierto? Ay pero mirá este —dijo quitándole a Juan la ropa interior que se le enredó en su pelo largo e hirsuto, del tendedero que tiene en el cuarto María para secar su ropa—. Dizque con mis calzones en la cabeza... ja, ja, ja. Qué agüevada se hubiera pegado Juan, lo hubiera vuelto barequero —dice seca de la risa—. Siéntese que ya vengo.

Juan obedeció, descansando el cuerpo grandote en el bordito de la cama de María, mirando alrededor con sus saltos ojos estáticos, embebido por tanto, desvaneciendo una sonrisita aturdida.



María regresó al cabo. El jean pegado a sus piernas flacas, la camisa blanca ceñida al talle, la correa de taches marcándole la cintura, las botas de cuero sumándole tres centímetros a sus 1.50.

De un neceser plástico sacó un par de aretes brillantes y largos de fantasía, “a lo mejor me traigan suerte”, comentó al ponérselos. En sus dedos nudosos ensortijó dos anillos. Uno de acero con figuritas religiosas y otro con un delfín de plata. En el marco de la ventana puso un pequeño espejo, con la punta de un lápiz extrajo un poco de lo que le quedaba a la barra de un labial rojo. Lo untó, prolija, en sus labios contraídos y cuarteados de pequeñas arrugas.

—Voy a pegarme una despistadita no más pa que no se me note mucho la guevona... Ay, es que a mí me tienen bronca las mujeres que bailan en el Parque Berrio, porque la gente dice que yo soy la que mejor bailo allá.

—¿Te gusta mucho la música del Parque Berrio?

—Ay no hija, eso no más por acordarme de mi pueblo.

La partera tomó polvo de oro y lo echó sobre el pedazo de cordón umbilical recién cortado, “que el universo la libre de maleficios y de envidias”, dijo envolviéndola en una sábana y acostándola sobre el pecho de su madre. María nació el 13 de noviembre bajo el signo de escorpio, blanquísima, repolluda, con el cabello rojizo, los pómulos salientes, las nariz respingada.

Fue la menor de siete hermanos trigueños, ñatos y bajitos. Creció siendo una niña briosas y deslenguada, flacu-chenta de huesos duros, haciendo lo que le mandaran hacer: arrancar el maíz, recoger la cereza del café, lavar la ropa de los otros y recorrer el monte con una batea a la espalda para buscar chispitas doradas en el río. Todo aquello era para ella un juego. No sabía para qué servían aquellas chispas. Lo supo a los ocho años, en uno de los viajes al Cauca.

Los adultos estaban metidos en el río y ella trepada a los árboles, observando la espiral de agua que dejaban las bateas y a los pescadores, que después de varios intentos abandonaron la atarraya en el suelo y se fueron para donde las mujeres que alimentaban con leños secos la fogata. María se deslizó por el tronco del árbol hasta alcanzar la red de pesca.

Se aferró la guindaleza, la lanzó al río y vio cómo la malla de nailon se desplegaba contra el viento húmedo. Cayó sentada, las piernas delgadas y finas abiertas atenazando la piedra para no ser arrastrada por la fuerza del Rey Mono, como le decían al Cauca. María empezó a gritar.

Los pescadores corrieron hacia el alto. La hicieron a un lado y cogieron la red. Era un pez tan grande que apenas podían sostenerlo. Sacaron un cuchillo y lo abrieron de los bronquios a la cola. Del estómago del animal salió un dedo humano con un anillo, delgado y liso, hecho del oro más brillante que jamás

hubiera visto. Hubo algarabía, estupor y risas.

María no había visto nunca antes en lo que podía transformarse el polvillo amarillo que sacaban sus padres, sus abuelos, sus tíos, sus vecinos del río. Para ella aquella ceniza era sal, como le decían desde siempre los indios; y con esa sal, guardada celosamente en un talago de cuero, sus padres conseguían todo aquello que no podían sacarle al monte ni al Cauca.

La gente fabulaba sobre el origen del dedo mientras comía el sancocho de pescado. María los observaba escondida desde el matorral, ignorando el llamado del almuerzo.

—Adiós. Con eso tuve pa yo no volver a comer dorado en la vida —dijo sacando la lengua, haciendo una arcada—. Era anchototo, y esas escamas todas bonitas... Del mero cuerpo sacaron cuatro pedazos para el almuerzo. Y la gente decía: “Ay, esa muchacha nos trajo suerte”.

Caminaba aireada, el rostro severo, observando los corrillos de músicos sentados en el borde de las jardineras que afinaban guitarras. Andaba en una ronda vigilante, en medio de viejos que se lamaban los labios cuando ella pasaba y grupillos de turistas que observaban todo alrededor, boquiabiertos.

María aguzaba sus ojos ferinos oscurecidos con sombra gris y lápiz negro, advirtiendo que esa tarde de jueves habría baile, buen tiempo, nada de lluvia, noche serena. Aguzaba los oídos y escuchaba cuerdas, cuchicheos, tráfico, canto de pericos, silbido del metro, risas.

Apenas lo vio llegar, se le acercó como si hubiesen venido juntos.

—Oí, vos no me has regalado nada, ni el colombiano ese donde decís que trabajás —le dijo a Juan F. Ospina, que llegó con su cámara, esperando al bailarín que sacaría a bailar María.

—Esperá y verás, que hasta te voy a invitar a unos tragos —le respondió él.

—Yo ya no bebo.

—María, ¿vos sabes hace cuánto nos conocimos?

—Como hace quince años.

—No, tampoco, como hace ocho.

—Ah, cuando eso ya había aplanado el parque —dijo y soltó su risa desquiciada.





—María, se va a oscurecer. Yo compro unas cuatro canciones, pero decíles que empiencen pues —dijo Juan, con el atardecer muriéndose le encima.

María soltó su domesticada tos de perro, hizo una seña a los músicos y ellos se juntaron en la jardinera que bordea la efígie delgada de Pedro Justo Berrío.

—¿Y vos sabes quién es ese? —le preguntaron sobre la estatua.

—Ese es el marido de todas las mujeres del parque. Ja, ja, ja. Juan, vaya pelando la liga que esos no dan puntada sin dedal.

La primera vez que María vino al Parque Berrío fue recién llegada de Liborina. María no vio la plaza, vio los edificios que la rodean. Dijo que todo aquello parecía una radio cuando la destapan. La ciudad le aterraba, lloraba y pedía a gritos que la devolvieran donde su mamita. Luego de los edificios, María vio los músicos. Los acordes

de las guitarras la devolvieron a su pueblo. Descubrió que su forma de quedarse era yéndose.

Los músicos tendieron en el suelo el estuche de la guitarra. El primer billete de cinco mil pesos cayó sobre la gamuza como hoja seca. La música sonó al unísono con su melodía pegajosa y achispada. En un segundo se formó un cerco de espectadores para mirar a las tres parejas de bailarines espontáneos en la pista de adoquín. Una de esas parejas era María con un señor de gorra negra, cara alargada, arrugas profundas. Él la miraba fijamente mientras ella observaba a ningún lado, circunspecta, como si todo su cuerpo pequeño, concentrado en esa postura estilizada, barbilla elevada al cielo, hombros rectos como dos plumas alineadas, contuviera su retiro. María no estaba acá, estaba en el Cauca.

De la nada salió un hombre con ojos desorbitados, dando saltitos sobre sí mismo, mirando a María y a su pareja, que bailaban altivos, sin mirar a

la cámara, sin escuchar lo que dijo el tipo avivando su voz grave por encima de los músicos:

—¡Esa señora es la mejor bailarina de este parque! ¡La única bailadora! ¡Mírenla!

Y la miraron. Algunos conocen su nombre, María la bailarina, la pelicorolada, sagaz, ruda, abisal. Pero poquíssimos saben que ella es María de los placeres auríferos, la niña de la buena suerte, la barequera, la caucana que busca chispa a chispa oro en las aguas turbias que arrastra La Iguaná.

—¡Y esta fiesta es gracias a María! —gritó Juan sin despegar sus ojos del visor de la cámara, movido por el regocijo del loco que seguía azuzando a los bailarines de aquella plazuela, donde hace un siglo se reunían los banqueros a determinar el precio del oro, donde nació la villa, hecha chispa a chispa, por cientos de miles de hombres y mujeres, negros, indios, zambos, mulatos.

Otro billete verde azul cayó al estuche de la guitarra. ©



7 Pasos

para identificar posibles causas de incrementos en el total a pagar de tu factura de servicios públicos.

1

Verifica si alguno de los consumos de los servicios aumentó.



5

Identifica si tienes **nuevas financiaciones** de consumos, trabajos o uso del Crédito para el **Hogar SOMOS**.



2

Compara los **días de consumo**.



6

Verifica si se generó algún cobro por **suspensión o reconexión del servicio**.



3

Compara las **tarifas** para identificar si se presentó incremento para alguno de los servicios.



7

Verifica variaciones en el cobro de **otras entidades** diferentes a EPM.



4

Compara si en la factura actual tienes **intereses de mora**.



La **contingencia en el Proyecto Ituango** no genera incrementos en las tarifas de los servicios públicos.

Para mayor información ingresa a www.epm.com.co o llama a la línea de atención 44-44-115

Por ti, estamos ahí

epm

Vigilado
Superservicios

ESTAMOS CUMPLIENDO **46 AÑOS**
HACIENDO HISTORIA.
TE PREPARAMOS PARA EL MUNDO
DE HOY CON MÁS INNOVACIÓN Y TECNOLOGÍA.
ESTUDIA CON LOS MEJORES EN **CESDE**

MATRICÚLATE HOY **229 11 00**

Para + info visita www.cesde.edu.co

Frente al tranvía de Ayacucho, Pabellón del Agua

CESDE
CONOCIMIENTO SIN LÍMITES





Diego Trujillo
De la Serie DIVAS

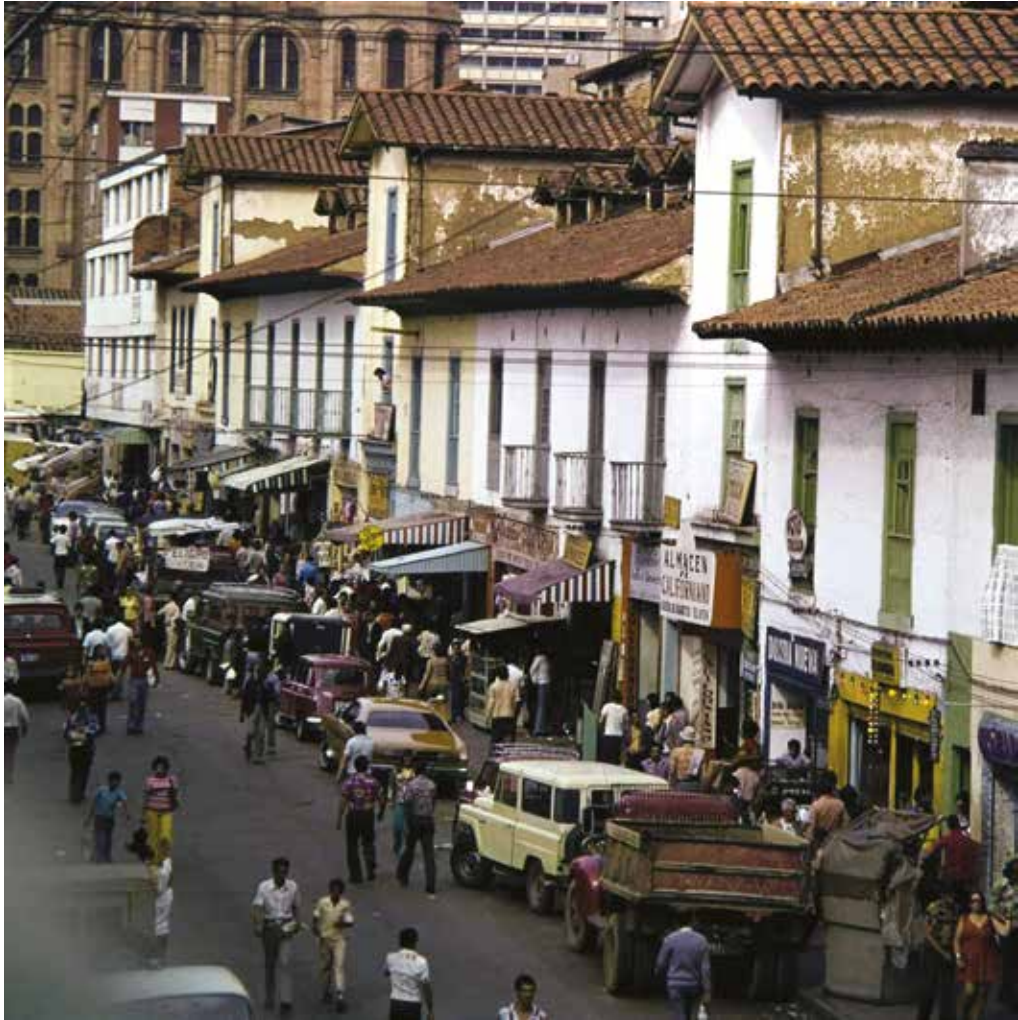
Técnica mixta: lápices de colores, tiza pastel y óleo sobre papel
50 x 35 cms
2018

Fotografía: Luza Villegas

CALIFORNICATION

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



La Alhambra-Guayaquil. Gabriel Carvajal, s.f. Archivo BPP.



Fue en febrero de 1965 cuando Roberto y su prole pisaron por primera vez la tierra de la Villa de la Veracruz, y desde entonces se han aferrado con uñas y dientes a esas calles perniciosas que, a pesar de todo, siempre han mantenido la promesa de progreso para los más arriesgados y sus familias.

En los tiempos de la Plaza Cisneros y el viejo Guayaquil, La Alhambra no era territorio para débiles. Aquella calle era una verdadera “selva de resplandores y de fieras salvajes”; un agujero de vivos, de abejas, de moscas, de guapos.

Ladrones, sicarios, secuestradores, putas y estafadores se mezclaban con buscafortunas, soñadores y empresarios de variadas procedencias. Todo parecía posible en esa caja de Pandora abierta de par en par: desde fundar una emisora radial hasta construir orfanatos y levantar edificios al mejor estilo francés.

En la mañana cualquier fulano podía ganarse la lotería y en la noche ese mismo don nadie podía terminar bajo una de las mesas del Perro Negro, apuñalado cruelmente por algún malhechor anónimo.

En las buhardillas de las casas de baroque y tapia dormían hacinados mineros, arrieros y buscapleitos, quienes confundían sus sexos y sus olores con las más inescrupulosas putas del bar Cumbia, las cuales, cuando en medio de la borrachera y la emoción quedaban embarazadas, corrían a bautizar a sus bebés a la iglesia de la Veracruz y luego los vendían o los regalaban para poder continuar con sus ajetreos.

Era tan brutal y desleal la competencia, que pocos negocios lograban perdurar, pues a partir de cualquier ardid los vivarachos expulsaban a los honestos, quedándose con los locales para transformarlos en cantinas, billares o puteaderos.

También fundaban ventas de licores, cigarrillos y demás mercancías de contrabando. Hasta que un día las familias bien presentadas, los herederos de los Vásquez, los Restrepo, los Amador y los

Ospina cruzaron Junín y se fueron para la Villa Nueva, al lado de la Catedral Metropolitana, para así purificar sus almas después de semejante purgatorio.

En La Alhambra no valían las arremetidas nocturnas de la policía ni los embates del Batallón Junín en las madrugadas. El vicio y la fetidez se multiplicaban como un virus, crecían, encontraban el caldo perfecto para corromper lo poco impoluto que quedaba en pie.

Y en medio de esa barahúnda llegó a Medellín, procedente de Marinilla, Roberto Giraldo. El mono de cachetes rojos había dejado su negocio en el oriente, una miscelánea de juguetes, sombreros y zapatos, para probar suerte en la “gran ciudad”. Llegó con su esposa, María Teresa, y con sus trece hijos, entre quienes se encontraba Jaime, un mozo de apenas trece años de edad.

Giraldo tenía ahorros y con ellos empezó a labrar su destino. Hizo amigos de todas las reputaciones y observó cada negocio hasta en el más mínimo detalle. Supo que una tienda de abarrotes no le daría lo suficiente para mantener a su familia, de modo que se unió a la cofradía del licoreras y cigarrerías, y, junto a sus hijos mayores, fundó California, después de comprarle un local al Rey de las Apuestas, Argemiro Salazar.

Le compró una de las casas antiguas de Coriolano Amador por un millón doscientos mil pesos, y así inició su lucrativa dinastía.

Pocos años después sus hijos fundaron otras cigarrerías: El Californiano, El Californiano y La Californiana. Cuentan quienes fueron testigos de esa época que cuando la policía iba a registrar los negocios de La Alhambra, sus dueños y trabajadores se atrincheraban en sus tiendas, cerraban las puertas y, mientras unos entretenían a los policías, otros usaban los túneles por donde sacaban la mercancía de contrabando hacia los escondites.

De esas malandanzas no eran ajenos “los californianos”, quienes además

tenían el don de hacer amigos, ya fuera por la vía de la caridad o de los negocios. Si La Alhambra se “calentaba” mucho, se hacían amigos de los ladrones, y para que no les pintaran las paredes con excremento, repartían regalos, ropa y comida entre los hijos de las putas.

Un excomerciante de esa calle, Mario López, recuerda que en los sesenta, si se tenía plata y berraquera, era fácil triunfar en ese horno de los infiernos que era Guayaquil.

“Había mucho rico al principio, pero era tanta la gaminería y la delincuencia, que se iban y dejaban abandonados sus locales, o los vendían a precio de huevo. Yo recuerdo a un judío que vendía telas, y un día encontró a la mujer puteando en el Perro Negro, el bar más bravo de Medellín en esos tiempos, y por desilusión dejó el negocio y se fue. Nadie lo volvió a ver”, narra Mario, quien por esa época conoció a don Roberto, y a Jaime.

“Los californianos son una leyenda, se abrieron paso siendo guapos, como tiene que ser”, asegura.

La mercancía de la mayoría de negocios llegaba desde Panamá, Venezuela o Maicao. La subían en camiones hasta Medellín y a la medianoche o en la madrugada, los jóvenes trabajadores corrían cargados de cajas por las calles de Guayaquil. Los Mena, tres hermanos chocanos que robaban en el sector, se encargaban de la labor de campaneros para evitar que la policía se diera cuenta del desembarque. Cobraban en especie, pues les gustaba mucho el whisky. Otro que ayudaba a vigilar era Aguja, ladrón conocido que años después fue ahorcado por tres putas en un hotel de Cundinamarca.

California, la cigarrería insignia de La Alhambra, se fundó oficialmente en 1966, y tras 52 años, es la única de la familia Giraldo que se mantiene en pie. Le fue heredada a Jaime, quien aprendió el negocio de su padre y ahora es uno de los personajes más respetados del Centro.

Jaime tiene 65 años y es alférez de la Virgen del Carmen y del Señor Caído.

Después de las luchas de su padre por mantener el establecimiento, decidió legalizarlo para estar en paz con la policía. Al hacerlo, como era obvio, las ganancias bajaron, pero California sigue gozando de prestigio, y el licor, los dulces y los cigarrillos que allí se venden llenan los escaparates de los más importantes bares del Centro de Medellín.

Jaime también tuvo hijos, y todos ellos le ayudan en el negocio. Él se pasa el día observando el rutinario ir y venir de La Alhambra, esa calle pequeña e histórica que le enseñó a vivir, a luchar, a tolerar.

Dice que ya está cansando y que en cualquier momento se jubila, pues cree que sus hijos mantendrán la tradición de los Giraldo Zuluaga, una familia que supo domar a La Alhambra, esa serpiente de tres cabezas que engulló a decenas de entusiastas y soñadores. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

DUEÑA DE LOS JARDINES

Una mañana, regando flores
Dueña de los jardines
De los jardines de mis amores.

Hace no sé cuántos años estuvo en Medellín por primera vez Totó La Momposina. Poco más que una NN, pisó tierra en el estadero Las Margaritas, y allí se presentó con su grupo, entre desfiles de caballos, copas de aguardiente y bandejas paisas. Tres jóvenes entusiastas —uno de ellos, quien esto escribe— la abordaron después para felicitarla, y de este abordaje nació una linda amistad. A partir de aquello los tres insolentes imaginaron modos más o menos fantásticos de obtener dinero para hacer un LP con la novel artista y lanzarla de una vez por todas al conocimiento del público. La fama, pensábamos, vendría por añadidura, y solo en ese punto acertamos.

Porque, claro, dinero no había, ni pudo haberlo; a cambio surgió, ya se dijo, una bella amistad, prolongada en visitas sucesivas y varias y estupendas veladas rociadas con canciones, charlas, anécdotas, ilusiones y proyectos.

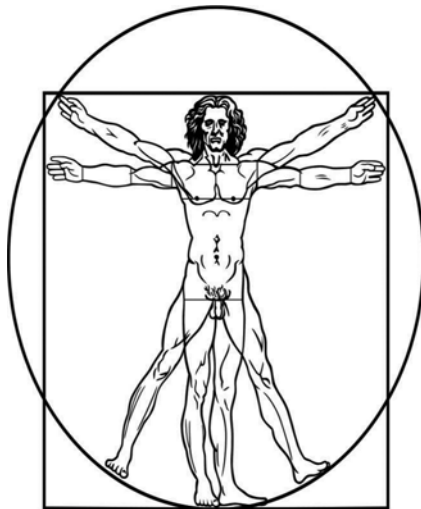
Intermedio: El grupo musical de la momposina era en ese entonces muy pequeño. Su brazo derecho (durante un buen tiempo recordé su nombre, ya no) era un universitario, tal vez estudiante de Derecho; era, también, el único blanco de la tropa. Entre los demás sobresalía Batata, un veterano de muchos saberes populares; hacía parte, vine a saber después, de toda una dinastía de Batatas. Uno de sus miembros, ignoro si el que conocí, es el autor de *Dueña de los jardines*, quizás uno de los más bellos temas de Totó, y cuya primera parte tiene el sabor —o al menos a mí me lo parece— de algún viejo madrigal español; pero *Dueña...* no integraba aún el repertorio de la cantaora en esos días felices e indocumentados. Vino después.

Y después vino también el reconocimiento, las múltiples grabaciones, las innumerables presentaciones, los muchos honores y premios y galardones. Luego de aquellas veladas iniciáticas, jamás volví a ver a Totó, ni hice nada por contactarla. Tengo casi la certeza de que hoy, después de tanta agua llovida, no guarda memoria de sus tres mosqueteros.

P. D. Hace algunos meses vi en Señal Colombia un excelente documental, en donde la antropóloga Gloria Triana y Totó evocan, con humor y sana nostalgia, los días locos en que ellas, y muchos otros danzarines, músicos, cantores, periodistas y fotógrafos acompañaron, en una fiesta de cien horas, al hombre del “liqui-liqui”. Título sugerido: Cuando Estocolmo olió a guayaba.

CODA

Éfimera es la fama, querido Gabriel. Murió Amina Assis, en medio del silencio. Tras la magia de Conchita Cintrón, el cetro del rejoneo femenino lo esgrimió Amina, paísa de Ciudad Bolívar. Se hizo valer en México y en España, volvió a Colombia triunfadora. Después, ella misma buscó el olvido; hace un par de años, ya en su vejez, quiso escribir la historia de su vida. Fue, me consta, noble y digna; y al final, se ve, quería que la recordaran. Ya no podrá ser. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OF TALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

CALÍGULA RESTREPO

por GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL

Ilustración: Tobías Arboleda

Calígula Restrepo fue bautizado como Carlos Humberto, pero no había cumplido los trece años cuando ya sus compañeros del Salesiano le acomodaron Calígula porque todo en él conducía a compararlo con el terrible emperador de la película. Cuando los de su edad jugaban a las canicas, él amarraba los perros en celo y los dejaba unidos a las patas a la hora del amor. Cuando los demás aspiraban a coger unas latas de café en la cosecha para comprarse un par de zapatos nuevos, él ya tenía una pistola hechiza y con ella amenazaba, detrás de los cafetos, a los otros niños para quitarles la mitad de cada lata y así llenar la suya.

Sabía de masturbaciones colectivas, de orgasmos escandalosos con las burras de don Augusto Marmolejo, de convites a medio día en la casa de Camila Giraldo y, desde entonces, de una secreta pasión por las mujeres y los hombres maduros.

Cualquiera habría creído que era un niño huérfano o que sus padres no le brindaron el cariño necesario y que entonces el niño trataba de compensar la falta de afecto. Pero más contemplaciones, más ventajas y más apoyos que los recibidos por Calígula no los tenía ningún niño en Tuluá. Cuando llegaron las botas texanas a la miscelánea del Polo Norte, el primero que las lució fue el hijo de don Salvador Restrepo. Yo tuve que esperar hasta cuando llegué a la universidad y trabajé, haciéndoles discursos a los gerentes de las empresas, para poder llegar con un par de botas de esas al pueblo.

La primera bicicleta de las nuevas, de marco bajito, la tuvo Calígula Restrepo, cuando los padres de los muchachitos robados pusieron el grito en el cielo y él le dijo a don Salvador que eso lo hacía porque estaba reuniendo plata para una bicicleta.

Por supuesto, en los exámenes del colegio era un tramposo, y en las clases, un subversivo. No lo resistieron mucho tiempo y al cuarto grado ya había sido expulsado por mala conducta, no por mal estudiante, puesto que siempre se las ideó para ganar los exámenes, para amedrentar a los profesores o para conseguir a quien copiarle las tareas.

En la medida en que le fueron creciendo las vellosidades en las partes públicas, su afán de causar dolor con todo lo que tenía del vientre hacia abajo le fue mostrando como un sádico enfermo y hasta las gallinas terminaron por cogerle miedo. Dotado de una masculinidad respetable, la usó siempre con afán, con fuerza tremebunda, y sola cuando la veía atollada de sangre o convertida en un garfio excavador, cesaba en sus orgasmos de nunca acabar.

Inicialmente, llevó a dormir a muchas mujeres con la facilidad del convencimiento que surgía, como lava lenta de su boca, achicharrando resistencias, pero cuando comenzó a usar armas de fuego y la plata que don Salvador le seguía dando, o la que robaba, le garantizaba el resto del poder, sus ejercicios sexuales se cargaron de amenazas, lo que resultaba grotesco, porque siempre los hizo con gente muy madura, que no necesitaba de la fuerza bruta para ir hasta allá.



Era como una necesidad; si no obligaba a que le acompañaran, si no arrebatada las ropas a la fuerza, si no amenazaba con el revólver para que se metieran en sus labios su acalorada y gigantesca masculinidad, si no veía gemir, si no oía imploraciones, no se declaraba satisfecho.

Como en Tuluá era demasiado escandaloso oír los gemidos de sus víctimas y en la casa de Camila todos terminaron por huírle, se dio en la finca de su papá, en La Marina, por la cacería de peones feos, con las uñas sucias y el sudor del café agregado a almizcle, o de recolectoras de café, chapoleras a quienes ya no solo obligaba a lo que siempre había hecho, sino a acompañarle, en la cama de la finca que le regaló su padre, con los dos o tres peones que había recogido a punta de pistola o con un fajo de billetes.

Una tarde que se llevó a dos recolectoras de café y a tres peones cortidos de la finca del viejo bandido de don Antonio, el perverso gamonal de La Moralia, este lo siguió, y con unos binóculos, primero, y después, mirando por entre las separaciones de la madera de las paredes, supo de la capacidad inagotable y de la crueldad a flor de piel de Calígula. Al otro día, lo contrató, y desde entonces, hasta ayer, protegido por los esbirros del viejo atrabiliario, comenzó a llenar de horrores los caminos y calles de Tuluá y sus corregimientos. Él

fue quien masacró, con Régulo Posada, a los tres concejales liberales que intentaban desmoronar el poder gamonalicio de don Antonio. A Saulo Montenegro lo fusiló él solo. A Chuchito Victoria lo colgó, primero, del almendro de La Elvira, y después lo rellenó con plomo.

Por esos crímenes, y para los muchos que alcanzó a cometer desde que el viejo asesino de don Antonio le regaló la nueve milímetros, Calígula se revistió de una frialdad tan absoluta que parecía que la hubiera heredado desde muchas generaciones atrás. Disparaba con la tranquilidad con que cualquiera de nosotros toma una cuchara para llevarse la sopa a la boca, y aunque debía sentir en su interior una satisfacción tan enervante como la que buscaba en las sesiones de sexo múltiple con su garfio abominable, toda ella se la tragaba sin demostrarla.

A Montoya, el concejal de Monteloro, donde vivía Judith, la mamá del hijo del agente Becerra, lo esperó a la salida de la cantina de mitío.

En una puerta se paró Régulo Posada y en la mitad de la calle Calígula. Era como la una de la mañana, y los esbirros del viejo atrabiliario, comenzaron a llenar de horrores los caminos y calles de Tuluá y sus corregimientos. Él

cervezas en la cabeza, no debió haber sentido los tiros. Al policía Becerra le dijeron que el concejal se había metido entre los dos, mientras discutían, y como en verdad los tiros de Calígula pegaron contra la pared de la cantina y los de Régulo contra la pared del frente, no le quedó más remedio que certificar un muerto por imprudencia.

Ni siquiera pudo llevar el caso ante el juez, y si hubiera llegado, habría fracasado, porque lo primero que hizo don Antonio cuando llegó el juriconsulto hace tres años fue adscribirlo a su equipo de bandidos.

A Pedraza, el contratista de Madrigal, les costó un poco más de trabajo acribillarlo, porque resultó respondón y andaba armado. Pero, como siempre, uno de los dos disparaba por la espalda, el contratista, finalmente, cayó con su revólver vacío y una mueca de esperanza, recostado al campero donde se paró para huírle a la muerte.

La muerte de Lorenzo Pérez, el socio de don José Devesa, a los que llamaban "los españoles", fue mucho más espectacular. El hombre había heredado de sus genes aragoneses la habilidad del manejo de las abejas y aunque la miel resultaba por estos lados con un cargado sabor a café, él había alcanzado a acumular más de cincuenta cajas que le producían sus docenas de botellas mensuales.

Estando allí, en medio de sus colmenas y sin llevar ninguno de los vestidos protectores, porque entre él y las abejas terminaron por establecer una especie de pacto de no agresión, llegaron los dos tenebrosos asesinos a sueldo de don Antonio. Su mujer, que sí estaba revestida de todos los abalorios del oficio, creyó que le iban a comprar algunas botellas porque ambos llevaban mochilas. Pero cuando de cada una de ellas sacaron, no el dinero para comprarlas, sino las mini uzis que el viejo asesino de don Antonio les consiguió con el comandante del batallón militar, ella, segura del peligro y aun corriendo el riesgo de que a su marido lo devoraran las abejas, hizo sonar el pito con que las hacía remover de sus panales cuando iba a sacarles la miel. Lo sopló con tanta desesperación, y debió haber producido tal alboroto con el agudo sonido que, cuando de las cincuenta cajas fueron saliendo despavoridas las abejas, Lorenzo Pérez se tapó instintivamente con las manos y no pudo distinguir si los punzones que sentía eran de las abejas o de los tiros que las dos metras vomitaban.

Calígula alcanzó a meterse de vuelta en el campero en que llegaron, pero Rómulo resbaló pegado de la otra puerta y las abejas se entraron a agrietarle la sevicia al perverso hijo de don Salvador. Cuando llegaron al hospital para ser tratados de la picadura, Régulo ya no respiraba y Calígula se pudo salvar.

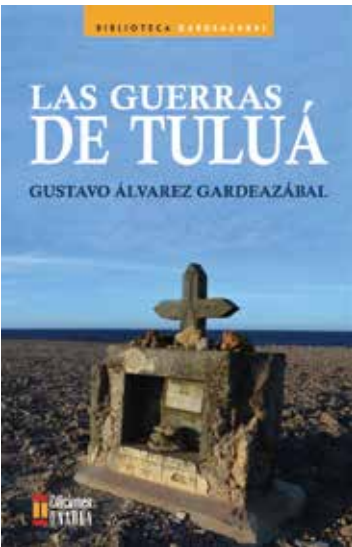
Pero quizás porque esas abejas tenían mucha vitamina o porque el dolor reestructuró lo perdido en Calígula, la maldad se le aumentó y la crueldad lo convirtió en un ogro temido por víctimas y conocedores de sus habilidades y, lo que quizás fuera peor, se le abrió un desespero de aprender más formas de hacer sufrir a quienes les ponía el ojo.

Probablemente, él no tenía hartó qué aprender, pero como muchos de los procedimientos obligan al uso de las drogas, Calígula se despeñó en ese abismo y cada día que pasaba fue acelerando su deterioro. Si siguió disparando hasta ayer, y causando terror, era más porque poseía reflejos de pistolero de película de vaqueros, a que hubiese aprendido algún truco novedoso o conocido algún secreto para acabar con las abejas. Mucho menos que pudo hacerle olvidar a la viuda de Lorenzo Pérez la muerte de su marido, y ella, con la misma paciencia de sus insectos, fue armando el panal para hacérselo tragar enterito.

Nadie se explica cómo hizo, pero desde cuando los sesos de Calígula Restrepo quedaron pegados, llenos de moscas, en la pared de la tienda de mi tío y nadie se atrevió a lavarla, y todos cuentan cómo las hormigas lo trastearon hasta sus cuevas oscuras, don Antonio supo que su poder también había quedado horadado por las abejas.

Fue fulminante y muy bien craneado. La viuda de Pérez llegó con sus botellas de miel hasta el mostrador de la tienda de mi tío y entre las mesas de billar distinguió a Calígula con el taco en la mano. Dejó las botellas sobre la vitrina y antes de que cualquiera pudiera siquiera verla, sacó de otra bolsa un panal lleno de abejas zumbantes y lo aventó con fuerza contra la mesa donde jugaba Calígula. Este reaccionó movido por el pánico que le producían los punzones del recuerdo y, en vez de mandarse la mano al cinto para dispararle a la viuda, tomó el taco cual si fuera bate de béisbol y le dio un golpe tremendo al panal. El estruendo fue mayúsculo porque el panal de la viuda era una granada camuflada que, con sus esquilas, agujereó, punto por punto, las manos, la cabeza y el tronco de Calígula Restrepo y los de tres o cuatro más que jugaban alrededor suyo.

Cuando don Salvador Restrepo llegó a recoger el cadáver, tuvo que traer una pala y un costal para poder llevárselo. ☹



Las guerras de Tuluá
Gustavo Álvarez Gardeazábal
Ediciones Unaula
2018

* El libro *Las guerras de Tuluá* se lanzará en la 12ª Fiesta del Libro y la Cultura, el 15 de septiembre en el Salón Restrepo.



El acecho de los hombres sombra

Who loves the sun
Who cares that it is shining
(...)
Who cares that it makes plants grow
Who cares what it does
Since you broke my heart

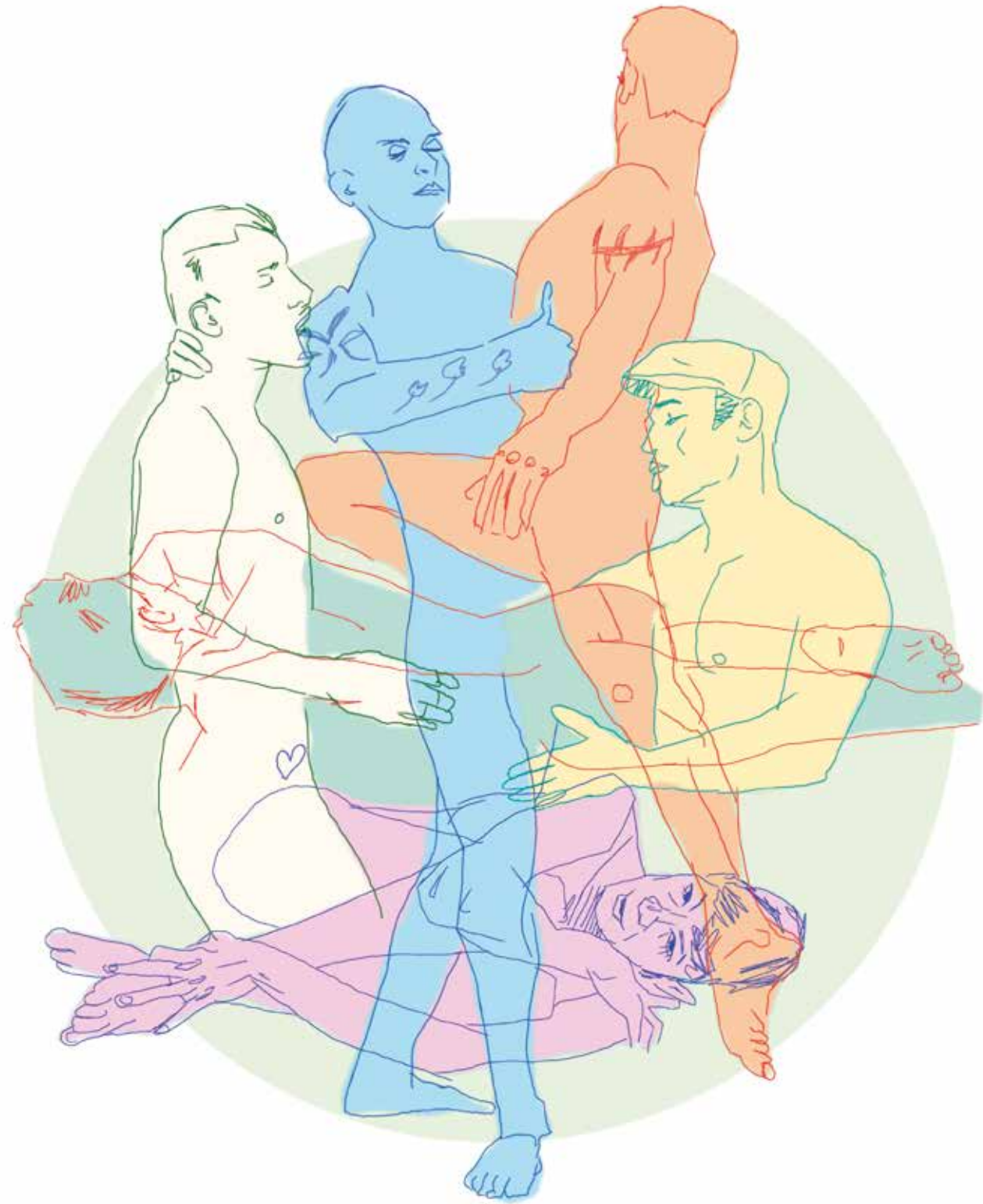
Who loves the sun
Not everyone

Quién ama el sol
A quién le importa que esté brillando
(...)
A quién le importa que haga que las plantas crezcan
A quién le importa lo que hace
Desde que me rompiste el corazón

por DANIEL CARMONA

Ilustración: Sr OK

Quién ama el sol
No todos
(*Who loves the sun*, Nu & Jo Ke, 2011)



En un diminuto cuarto con la oscuridad del laberinto gotean por las piernas de un muchacho de veintiún años las babas de un hombre sombra que devora su culo como si fuera un manjar. El muchacho alza su mirada buscando su reflejo en el espejo del techo, pero a medida que la respiración se agita el vapor que exhala su cuerpo llena el cuarto y la imagen de su rostro se empaña poco a poco hasta desaparecer. Después de unos minutos de intensos gemiditos, el muchacho, bañado en sudor, termina por venirse a chorros sobre el piso. Toma aire agitado y después de un momento, aún con la lengua del hombre sombra en su culo, se apresura a subirse el *jean*, mientras le dice sin mirarle a la cara: “Parce, voy a salir ya”.

En Medellín comienza a anochecer a las 6:30 de la tarde, pero en Men’s club siempre está oscuro. A excepción de unos austeros rayos de sol que alcanzan a entrar a algunas zonas del laberinto y el patio, pareciera que siempre es noche cerrada. En el atardecer, a medida que la luz amarilla del día se va extinguendo al ritmo de los largos sets de electrónica, las luces rojas y azules comienzan a imponerse cegando a quien las mira y la oscuridad termina por cubrir totalmente el lugar.

Men’s abrió en 1991. Siempre ha estado ubicado en el Centro de Medellín, entre las calles Argentina y Perú sobre Girardot, en un edificio de tres pisos que por sus capas de pintura agrietadas y las ventanas selladas da la impresión de ser una vieja bodega o estar abandonado. Pese a esto, cada tanto, en una secuencia apresurada se ve cómo un hombre atraviesa la cuadra de prisa, toca el timbre ansioso y la puerta metálica se abre, dejando ver un destello de luz roja en el interior, un faro.

Al igual que todos, me detengo ante la reja gris y toco el timbre. Unos segundos después abre la puerta un hombre de unos cincuenta años; lleva un gesto de desgano, enmarcado en sus ojos apagados que se asoman a través de unos lentes cuadrados. Entonces anuncia: “Hoy es parche sin camisa”. Me guía a un cuarto, cubierto de *lockers*, de donde proviene la ráfaga de luz roja. Me entrega unas llaves y un candado. “Guardé la camisa”, me indica. Yo aún sin pronunciar una sola palabra, me quito la camisa y la meto al *locker*. “Son diez mil pesos”, es lo último que me dice. Después de entregarle el dinero lo sigo a través de una segunda puerta.

Al entrar, me da la bienvenida el estridente sonido de la música a cargo de bandas iconos de la electrónica como los son Claptone, Hercules & Love Affair, Salumon y Daft Punk. Me encuentro con lo que antes debió ser el patio de una casa, ahora reformado en un pequeño bar, incrustado en una ventana. Al fondo una sala inspirada en el movimiento *pop art*, muebles tapizados con fotografías de Elvis Presley y *marines* americanos. En el techo, colgadas desde el tercer piso, están suspendidas ocho esferas de espejos que se pueden ver desde cada nivel del club.

La sala sirve de *lobby* para explorar una voluminosa colección de libros de porno y de arte erótico homosexual, con títulos como: *Él y el otro*. *Homohistorias* y *My buddy*, un compendio de fotografías homoeróticas de la segunda guerra mundial.

Al tiempo, en un televisor rojo de maniela de al menos hace cuatro décadas se reproduce a blanco y negro una escena porno gay de los ochenta que nadie mira. Porque en el primer piso, a excepción de algunos clientes que lo visitan de paso el bar para comprar cervezas, cigarrillos o condones, no suele tener mucho movimiento.

Una escalera en espiral lleva al segundo piso. Hay dos ventanales gigantes, en donde algunos visitantes, atentos al sonido aturridor del timbre, posan la mirada sobre la puerta, a la espera de nuevas presas.

A la derecha se encuentra un cuarto que recrea una tienda de video porno; algunos de los títulos ofrecidos son *Los hombres grandes también comen culo*, *Sorpresa cremosa*, *ocho horas de hombres amando la verga*, *Amantes del pene*, *Doble ataque militar* y *Pai de crema*.

En un televisor gigante se reproduce la escena de un negro siendo cabalgado sobre un sillón rojo por un joven rubio. En la habitación hay un hombre sombra, que alterna la mirada entre el televisor y la pantalla del celular, observando en silencio, a la expectativa de quienes llegan.

Al lado izquierdo, detrás de una cortina negra, aparece una minisala de cine, nueve sillas revestidas con tela roja brillante. Las paredes están tapizadas por carteles que anuncian los “iconos del porno gay”: “Al Parker 70s”, “Rick Donovan 80s”, “Ryan Idols 90s”. En la pantalla del cine se proyecta la selección de la casa. En el momento un hombre de cabello largo se mece en un columpio, mientras es penetrado por una fila de hombres velludos.

El segundo piso, con excepción del hombre del cuarto de la tienda porno y otros dos que observan la puerta desde el ventanal, también permanece vacío. Así que sigo las escaleras de caracol que llevan al tercer piso.

Hay seis caminos posibles, el que decido seguir lleva al patio, de donde viene la luz más fuerte. Allí los hombres sombra, sentados sobre una banca de concreto incrustada en la pared, esconden su mirada en la pantalla del celular. La mayoría toma cerveza, fuma marihuana o cigarrillo formando una nube densa de humo que se esparce lentamente hacia el cielo.

La luz de las lámparas de neón que cuelgan de las paredes permite ver los cuerpos semidesnudos de los hombres sombra. La fluorescencia acentúa la forma de los cuerpos y permite apreciar mejor sus músculos marcados o flácidos, músculos de muchacho o de señor. Se descubre la piel tatuada; rosas en la mano; tribales en los brazos; la palabra “PODEROSO” en la espalda; “Dios le da las peores guerras a los mejores luchadores”, en letra cursiva en el pecho.

Despojados de ropa, no desaparecen las jerarquías sociales, se da lugar a una nueva, donde los altos, musculosos y vergones están en la punta; son quienes eligen. En la base, relegados a una noche de suerte, están los cuerpos pequeños, gordos y viejos.

Los hombres sombra se miran los unos a los otros sin pronunciar palabra. No es común escuchar conversaciones, porque los hombres sombra solo buscan descargar el deseo en un cuerpo, con prisa y sin explicaciones; evadiendo las preguntas convencionales: ¿cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?, ¿dónde vives? Aquí las preguntas que importan (y mejor si no se tienen que hacer) son: ¿qué le gusta?, ¿quiere que lo clave?, ¿quiere que lo ponga a mamar?

Dejo atrás el patio y entro al laberinto, tomo el primer camino a la izquierda. Aquí la oscuridad es tan densa como una bruma, pareciera incluso que uno la puede apartar con la mano, como se aparta el humo. Camino lento, las paredes de madera hacen eco de gemidos lejanos, chasquidos y golpecitos repetitivos que lentamente se van sincronizando con los *beats* de electrónica, formando una sola canción.

Hay dos clases de hombres sombra. Los primeros esperan pacientes sus presas, inmóviles contra la pared, estrechando más los pasillos. Los segundos, al igual que yo, dan vueltas explorando el lugar. En este juego se hace inevitable que los cuerpos se encuentren. La regla es clara: en cada encuentro hay un roce, insinúa una pregunta: ¿quieres? Si decides quedarte, si

los cuerpos encajan, las manos buscarán ver lo que los ojos no ven y aun a ciegas encontrarán el camino a los diminutos cuartos que dan forma al laberinto.

Al entrar una lucecita roja se enciende. La cara del hombre sombra aparece, ojos negros, barba corta, músculos firmes, brazos tatuados. Comienza a acariciarme la cara, me intenta besar pero yo lo esquivo. Me sigue acariciando en silencio, desabrocha su pantalón y saca su pene. Sube la mano hasta mi cuello y me da un leve empujón intentando guiar mi cabeza hacia abajo, de nuevo lo esquivo, sin decir nada.

—Mámemelo —me dice finalmente y yo le respondo que no.

—¿Por qué no? ¿Quiere que me lo culee entonces? Venga yo le doy por ese culo —dice sin dejar de buscar mi boca con la suya.

—No quiero —repito sonriendo, pero sin corresponder sus caricias.

—Qué bobo, parce, venga mámemelo —insiste, mientras inútilmente intenta empujar mi cabeza en dirección a su pene—. ¡Mámemelo pues! —dice ya sin ánimo de jugar.

—No, es que usted ya se ha comido mucha gente.

—Oigan pues, solo me he comido a dos y me los comí con condón, además yo ya me lo lavé.

Me río, pero él insiste: —Mámemelo pues o lo violo. Me va decir que aquí nadie lo ha puesto a mamar —dice y me empuja contra una de las paredes—. ¿Entonces a qué vino?

Blind

As a child, I knew
That the stars could only get brighter
That we would get closer
Leaving this darkness behind

Ciego
Cuando era niño sabía
Que las estrellas solo pueden ser más brillantes
Que nosotros nos acercáramos
Dejando atrás esta oscuridad
(*Blind*, Hercules and Love Affair, 2008)

Hace cinco años fue la primera vez que fui a Men’s, tenía veintidós años. Habíamos escuchado muchas veces hablar del lugar, así que un jueves luego de la universidad, Felipe y yo decidimos ir. Felipe era mi mejor amigo, con él había descubierto el mundo, la primera vez en un bar gay, la primera vez que probé el LSD, fiestas interminables bailando borrachos hasta que salía el sol. Pero no había sido solo eso, él fue mi hombre, mi oído y mi abrazo. Cada vez que mi estómago dio un vuelco al vacío por causa del desamor, Felipe estuvo ahí.

Pero los años pasaron y cuando aquella época universitaria desbordada terminó, nuestra amistad se volvió fría y distante, hasta el punto de no volver hablar.

Tres años después. Un día cargado de ansiedad, cuando caminaba con la mirada gacha por ese mismo laberinto, que habíamos convertido en un campo de juegos y bromas la primera vez que lo visitamos, me volví a encontrar a Felipe. Apoyé de nuevo mi cabeza en su pecho, le conté que me sentía solo y me alegraba verlo. Entonces hice la lista de preguntas que uno suele hacer a los viejos amigos: ¿cómo estás?, ¿cómo está tu mamá, tu hermanita?, ¿cómo va

la u? Felipe contestaba que todo iba bien, la familia bien, la hermanita bien, pero últimamente estaba muy aburrido y venía mucho a Men’s, al menos una vez a la semana, otras veces, viernes, sábado y domingo. La universidad tampoco iba bien, se había retirado de estudiar Ingeniería de Sistemas en la Universidad de Antioquia para trabajar vendiendo zapatos en un almacén en El Poblado y estaba empezando una tecnología en sistemas. Con cada palabra que Felipe decía, yo sentía cómo se desvanecía mi amigo, al tiempo que aparecía un desconocido, que traicionaba los sueños que compartí conmigo.

—¿Dani, no sentís que todo sigue siendo igual? —me preguntó.

—No, Pipe —le dije y me alejé un poco. Él me dio un abrazo que no correspondí y siguió su camino por el laberinto.

En estos días de visitar una y otra vez este lugar, tratando de afinar mi visión en la oscuridad, pidiéndole a las sombras develar sus rostros, aparecía una y otra vez Felipe, envejecido, sin mucho cabello y con el abdomen abultado. Esta vez ya no teníamos nada que hablar, así que lo veía pasar ante mí, silencioso y distante. Siempre estaba tomado de la mano con el mismo chico. Siempre con la misma estrategia: se detienen en un lugar iluminado del laberinto, empiezan un acto sexual, atraen otros hombres y propician una orgía: brazos, piernas, torsos, cabezas y sexos fundidos en una masa sin forma, moviéndose al ritmo de los golpes secos y repetitivos de la música.

En la escena final de nuevo aparece Felipe, entra bajo un haz de luz azul, en el cruce de cuatro caminos. El chico que imagino es su novio, se arroja frente a él y se lo empieza a mamar, otro hombre se acerca y saca su pene, uniéndose a la escena. En cuestión de segundos, otros dos hombres sombra llegan; uno toma a Felipe por detrás y comienza a frotar su pene en su culo, el mismo destino tiene su novio.

Mientras lo observo a tan solo unos metros, escucho un recuerdo de Felipe hablando en mi cabeza. Es una conversación que tuvimos hace más de cinco años.

—Parce, no sé, me siento muy mal. Me he comido a mucha gente estos días. Dani, lo que pasa es que cada vez que estoy con alguien, siento como si se llevara algo de mí —me dice con la voz apagada, cuando intento decirle algo, cambia de tema y el recuerdo se esfuma.

Me quedo observando un poco más la escena. La música retumba en mis oídos y hace eco en el hueco de mi estómago. Algunos hombres se han dispersado, dirigiéndose a los cuartos, pero Felipe sigue ahí, con un hombre sombra detrás de él y otros dos adelante. Se agacha a intervalos para explorar los cuerpos con su boca. La luz azul se refleja en su cara, pero no ilumina su mirada.

Who loves the sun
Who cares that it is shining
(...)
I love the sun
Like everyone

Quién ama el sol
A quién le importa que este brillando
(...)
Yo amo el sol
Como todos☺

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302
Fb: @CasaDeAsterion

Lunes a sábado:
12:00 m a 3:00 pm y
6:00 pm a 10:00 pm
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

Cra 42 #54-60
Tels.: 5818538 - 3207908977

El custodio del Jardín Botánico de Medellín, Joaquín Antonio Uribe, abogaba en 1930 por el buen trato a las flores. Lectura de feria.

¡Pobres flores!

A mi hermano José María

Aquella mañana me encontraba en el estudio del artista Daniel Mesa. Decoración sobria, muebles sencillos, hermosos cuadros murales, flores, perfumes. En un ángulo del salón, en un florero, ostentaba su belleza limpia un ramillete de Rosas.

Un corto rato estuve solo. Mientras eso, de una flor de corola de seda y nieve, cayó sobre la consola un pétalo cándido, albo como el cadáver de una mujer muy blanca; luego ví caer otro, otro después y muchos más.

Recuerdo que yo estaba ese día un poco triste —¿no lo estoy siempre?— con una tristeza tan natural que no me daba cuenta de ello. La caída espontánea del primer pétalo, produjo el desprendimiento de una ilusión de las que bullen aprisionadas en mi mente. También los viejos soñamos con incomprensibles y locas aventuras que se arrancan despiadadas del corazón. Don Quijote no ha muerto: vive y todavía riñe con los desengaños, altivos malandrines, veleidosos como molinos de viento.

Cuando cayó la segunda hoja corolina, tuve que ahogar un grito que quería escaparse de mi garganta: me figuré que mi corazón había rodado por el suelo.

¡Pobre Rosa! Había lucido primero en el jardín, envidiada de las mariposas, amada de las libélulas, cortejada por los colibríes. Estos la llamaban linsonjeramente “copo de nieve” porque en sus cerebritos no podía haber una metáfora mejor para valorar el albor de cutis de la rosa. Del rosal, amado del jardinero había pasado al florero cristalino y elegante donde la admiraron cuantos la vieron: muchachas retozonas y risueñas, damas aristocráticas, la crema del buen gusto. Aquella rosa era el colmo de la belleza floral, el encanto de aquel santuario del arte.

Caído el primer pétalo siguió agonizante la flor hasta parar en el lugar más temido y aun odiado por las efímeras hijas del jardín: el carro de la basura. ¿No es esto una burla indigna y prosaica de la suerte?

¡Pobres flores! Todas tienen semejante fin. No las escuda contra su enemigo —el Tiempo— ni la belleza, ni el aroma, ni la juventud.

La Azucena que perfumó el altar; que inclinó su cáliz para recoger el eco de las oraciones de las almas afligidas; que simbolizó la pureza en su trono místico, al lado del tabernáculo; esa flor amada de los Santos, murió una tarde. Al otro día, la mano pesada de un distraído y tosco sacristán la arrojó al suelo para ser arrastrada por la escoba de una barrendera mojigata y vulgar.

Los azahares que lució una mañana la feliz desposada en su corona de virgen, pocos días después —quizás antes del primer desengaño de la luna de miel— estaban marchitos, descoloridos, cadavéricos. La esposa se conmovió al verlos y los bañó con lágrimas. Pensó tal vez que lo mismo pasaría con su belleza, con sus formas de diosa, quizá con sus esperanzas.

El Clavel que adornó una vez el alto pecho de una casta y enamorada doncella, es una momia seca en la cartera de su amante. Perdió sus ricos colores, su aristocrático aroma, la savia que le daba vida. No muy tarde será polvo con que se entretendrá el viento.

por JOAQUÍN ANTONIO URIBE

Fotografía: Juan Fernando Ospina

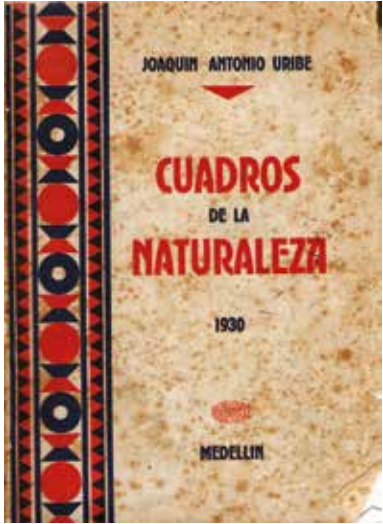


Y así tiene que ser. Las leyes de la Naturaleza se cumplen a pesar de nuestro sentimentalismo.

La materia se transforma sin cesar. La muerte es sólo aparente. La célula muere pero revive y hay más milagros callados y desconocidos en la vida de los seres orgánicos que los que puede concebir la imaginación de un taumaturgo. Pitágoras ni aun soñó las metamorfosis de la célula, elemento de los organismos vegetales y animales.

Sería muy interesante sorprender una célula y seguirla en su viaje prodigioso a través de los seres más polimorfos, para imponernos de ese periplo de vida aventurera y misteriosa. La célula que hizo parte del pétalo inmaculado del “copo de nieve” se trasladará a la tierra cultivable; de ahí irá a ser parte del grano de maíz que nutrirá al labrador; pasará después del cadáver de éste, que duerme en su lecho de tierra, a ser alimento del trágico Gusano; éste se transformará en mosca alada que emprenderá sus correrías por verjeles y bosques; y, al morir, irá quizás a nutrir el mismo rosal. La célula ha hecho un viaje largo y pintoresco: el de Magallanes alrededor de la vida.

No ultrajéis jamás las flores. No lo digo porque ellas sientan —bien que no es imposible que esto suceda— cuya afirmación mía tanto se me ha criticado, sin éxito favorable a los más. Tratadlas bien por caballerosidad: son débiles, hermosas y buenas. ☺



Cuadros de la naturaleza
Joaquín Antonio Uribe
Editorial Papelería Nacional
1930

Delirium tremens

por JOSÉ ZULETA

Escapé: Una ebriedad saludable me conduce. Huyo. Veo un tulipán africano: flores como llamas. Agua en cojines de felpa dorada para apagar mis incendios. Siento que algo hermoso ha ocurrido. Una cerveza no viene mal para asistir al espectáculo, una lenta y sabrosa cerveza. Mientras la ardida ciudad reverbera, aquí hay una frescura que mueve las ropas y me estremece de gozo. Ayer cuando la fiesta se juntaba con el amanecer fuimos al solar a “escuchar el rumor que deja el azúcar al subir a las naranjas”. En los árboles, colores pendientes, cardúmenes danzando en la fragilidad del aire. Escucho los trenes invisibles donde duerme el niño que fui. La lluvia: luz abatida en la tarde mansa. Cuando escampó salí a buscar algo para beber. Pasé por una calle y los oí. Eran canarios, sus gorjeos: gargaritas de menta, alegría delgada de silbos amarillos. Su canto me hizo creer que era yo el que estaba fuera de la jaula.

Ayer visité a Eugenio, allí todo era geometría: las dos líneas blanca paralelas sobre el espejo oval, el vaso cuadrado para el whisky, los cubos de hielo, la doble parábola de las nalgas de su novia dormida, mi erección cilíndrica, la espiral de mi vergüenza.

Sobre la calle me ví en un charco que dejó la lluvia, de pronto, una última gota tocó el cristal del agua y la nítida arquitectura de la plaza tembló. Yo también.

Nunca supe si la belleza irreal de las formas ingresando en la sombra, transformadas por la primera oscuridad era cierta, o era el ron haciendo de las suyas.

Nunca había vivido aquello de tener la punta del viento en las manos: la estrella y su cola danzaban en el aire y obedecían al mínimo movimiento de mis falanges, y como siempre en el momento más feliz el cordel reventó.

Ahora este olor... recuerdo la última vez que me echaste: bebía ginebra. Mientras te escuchaba me consolé agitando el vaso para oír tintinear el hielo contra el cristal: música, música de fondo...

Ríe, ríe del amor que tengo, que me lleva, en él huyo y me conforto, es una invención para poder alcanzar el día que viene, “la noche que llega”, es la hebra de luz que atraviesa la penumbra de la sala de cine y produce la película. No puedo ir a buscarte, los médicos están acechando con sus redes para redimirme. Apartan de mi vista, de mi gusto, el delicado ámbar del tequila y su sal, la chispa líquida del aguardiente, los cascos de naranja, las lentas burbujas y la corona blanca. Me quitan todo lo que me ayuda a vivir y a morir al tiempo. Si consigo llegar a tu puerta, escóndeme. Cántame una canción nueva. Déjame verte dormir, pon tu mano en mi pecho para que él te diga lo que soy. Escucha la música de mi tambor interior.

Despierto, en la ventana empañada por el frío, veo el corazón que dibujó tu mano.

Te has ido. En mi pecho algo se empaña, entonces escribo: Nada mejor que el papel para limpiar los vidrios. ☺



Poblado
Carrera 35 # 8A- 76
PROVENZA - Tel: 5802228

Bogotá
Calle 66 # 7-21 - Local 3
CHAPINERO - Pbx: 7044883

Laureles
Circular 74B # 39B-122
AVENIDA JARDÍN - Tel: 5825544

Universidad Nacional
Calle 59A #63-20
Al frente del BLOQUE 14 - Cel:3146141331

@lentejaexpress
www.lentejaexpress.com.co



Fotografía de la prole de don Emiliano Botero y doña Rosario Gómez, en su finca de Pácora, 1916.



Fotografía iluminada a partir de la fotografía de la Familia Botero Gómez, 1916.

De proles y otros excesos

Esta imagen que ilustra la prole de los esposos Emiliano Botero (Sonsón) y Rosario Gómez (La Ceja), y datada en 1916 en su finca de Pácora, fue encontrada en el archivo personal de Marceliano Posada que pertenece a la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

Es ya un lugar común que la identidad paisa se sustente en abusos sobre lo circunstancial, en una adulación y exageración sobre lo considerado normal, muchas veces a través del esguince del lenguaje, la conseja y el repentismo; ese culebrerismo propio de trovadores, humoristas y políticos mentirosos. Pero esta imagen, que tiene como espejo el registro fotográfico de la misma, no es esguince, es la patética verdad del exceso que nos legaron nuestros abuelos. Es igualmente recurrente en la literatura y prensa del pasado el mito sobre la fecundidad antioqueña referida a las mujeres

que al acercarse a quebradas a bañarse o lavar la ropa, como La Miel en Caldas, La Ayurá en Envigado e incluso a la Santa Elena en Medellín, terminaban preñadas por ósmosis de las fértiles aguas, dotando a sus esposos de inmensas proles, familias telerín que iban desde el joven mozo de veintitrés años hasta la recién nacida párvula de exiguos meses, completando familias de doce, quince y hasta veintiún hijos.

¡Diecinueve hijos! Observe lector la fila de los dieciocho de izquierda a derecha. Por el momento se quedará preguntando por el otro, por el diecinueve. Y tendrá que detallar algo para distinguirlo. Allí, en el centro del cuadro, sobre el suelo, entre dos materos, acostado y en actitud de morderse el pie izquierdo está el último retoño de esta extraordinaria familia. Estos, más otros dos que murieron, uno por un rayo y otro siendo infante. No es exageración, es el realismo mágico de esta cultura.

MUSEO D ANTIOQUIA

LA CONSENTIDA ES LA CASITA DE ARROZ

Como preámbulo a nuestra próxima exposición temporal, Polis, una reflexión sobre la construcción de la ciudad desde lo público, proponemos una obra que permite pensar asuntos como la interdependencia del campo y la ciudad, así como la violencia y los peligros que supone para muchas personas el trabajar por la recuperación política del espacio público y la vida en el campo. Curaduría de Camilo Castaño y Carolina Chacón



Fragmento Casita de arroz, 2008
Rosenberg Sandoval (1959/)
Ensamblaje (plexiglás, arroz y adhesivo) 20 x 20 x 20 cm.
Colección Museo de Antioquia

Apertura: 18 de agosto - 3:00 p.m.
Sala Cundinamarca norte
Patrocina: Grupo Argos

TEMPORADA 2018 12
MÚSICA & RECONCILIACIÓN

35
FILARMED
1980/2018

ELLAS Y LA MÚSICA

L. MONTILLA
TAITA
G. PUCCINI
INTERMEZZO
DE MANON
LESCAUT
L. SHIFRIN
CONCIERTO
CARIBENO

Directora:
Lina González
Granados

Solista:
Marisa Canales

Walkabout Concerto for:
Orchestra Gabriela
Lena Frank

Sábado 1 septiembre

5:30 p.m.
De la música,
antes de la música

6:00 p.m.
Concierto

Teatro
Metropolitano

Boletería:
65.000, 35.000 y 25.000

Puntos de venta: Taquilla del Teatro, Todo en Artes, puestos de revista de Almacenes Éxito. Descuentos: 25% Clientes Bancolombia y Clientes SOMOS, 20% Estudiantes y adulto mayor. **Informes:** 232 28 58 - 262 55 00.

Descuentos (cupo limitado) válidos en todos los puntos de venta, no aplica para compras en línea.

@filarmed f t y i www.filarmed.com



Filarmed
Orquesta
Filarmónica
de Medellín

El rock
en
Antioquia
está en
Radiónica
99.9FM

radiónica  RTVC

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522

Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

BUN•DI
CAFÉ BISTRO

@BUNDI_CAFEBISTRO
CALLE 53 # 42-15

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 4:00 P.M.
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

Verde Sano
comida saludable

Desde 2009

Lunes a viernes 8am - 6pm
Calle 49b #64C - 35
Brasilia 3 Local 102
verdesanomed@hotmail.com
Fb: verdesano

Alimentación saludable
Basada en productos orgánicos de manos campesinas
Carnes magras
Elaborados en base a aceites esenciales

En Colombia más de 250 mujeres tienen síndrome de Turner

Fundación Corazón
Síndrome de Turner Colombia

La fundación Corazón Síndrome de Turner Colombia y Agua Turbantes te invitan a la celebración del día mundial de síndrome de Turner

Lugar: UVA Ilusión verde, en el Poblado
Hora: 1 p. m. a 6 p. m.

Visita nuestro instagram para más información:
@corazonsindrometurnercol
@agguamedellin2017

EXLIBRIS
café libros repostería

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

• Menú del día siempre delicioso
• El mejor café
• Repostería
• Libros de todo tipo con énfasis en ilustrados

Prana Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489

La Manuela
CAFÉ / RESTAURANTE

Lunes y martes: 10am a 5pm / Miércoles a viernes: 10am a 9pm
Manejamos menú del día y comida a la carta

580 4044
310 428 6615

Calle 49#64A-11
@lamanuelarestaurante

Frutti jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo encuentras lo mejor en comidas rápidas, jugos, malteadas, helados, ensaladas de frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio únicamente en Carlos E.
230 40 56

¡UF! Llegamos al

100

Desde por la mañana hasta la alta noche del **7 de septiembre** celebraremos con todo en el Pablo Tobón

VIERNES AL CIEN

LANZAMIENTO
DE LA EDICIÓN NÚMERO 100 UN ESPECIAL DE 48 PÁGINAS *con sorpresas*

PRESENTACIÓN
DEL LIBRO UNIVERSO CENTRO Colección 2014-2018

EXPOSICIÓN
100 FOTOGRAFÍAS *en portadas*

LECTURA
EN VOZ ALTA DE TEXTOS UC EN COMPAÑÍA DE UNA ABOGADA, UN PAPERÓ *y alguien más*

CHARLA
CON VÍCTOR GAVIRIA Y FRUKO (el de los Tesos) *sobre películas y canciones*

TALLER
de ilustración y collage
CON HANSEL OBANDO

CONVERSACIÓN
Drogas, prohibición y alternativas
(Sin Glifosato)
JULIÁN QUINTERO Y ALEJANDRO GAVIRIA

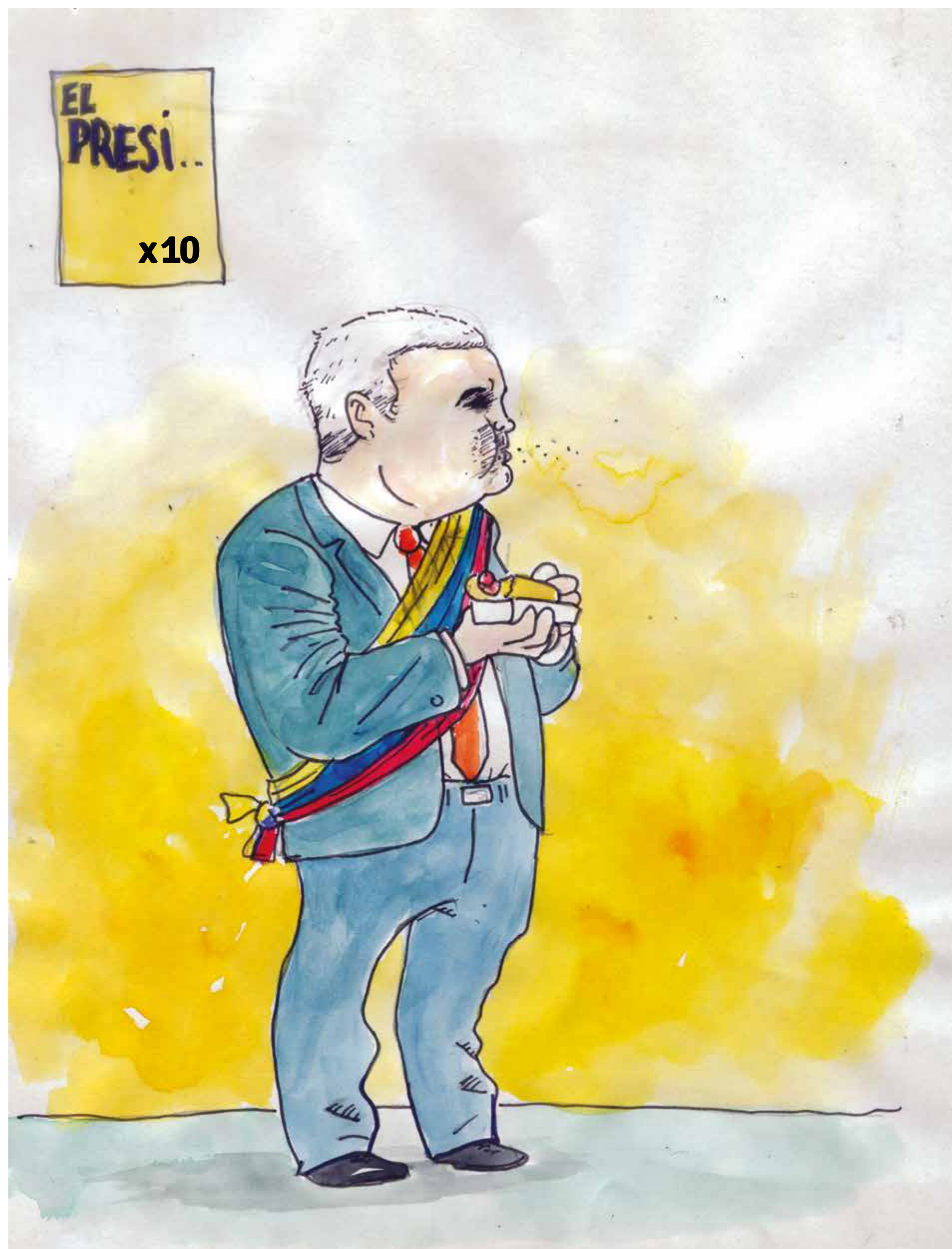
CHÁCHARA
DE LA HOJA A UC
Ana María Cano y Héctor Rincón, Juan Ospina y Pascual Gaviria

CERRAMOS CON MÚSICA
EL PULPO Y LA NAVE PLANETA

PARLANTES

La programación con más señas en universocentro.com

 **universocentro**



exploratorio
TALLER PÚBLICO DE EXPERIMENTACIÓN

parque *explora*

TALLER DE PUBLICACIONES URGENTES

Inscríbete para crear, corregir, componer y reproducir una publicación, con técnicas fáciles de impresión artesanal como la imprenta de Freinet.

Margarita Valencia
Editora, autora de libros como "*Palabras Desencadenadas*", traductora y directora de la Maestría en Estudios Editoriales del Instituto Caro y Cuervo.

Kat Ríos
Geógrafa y escritora, autora de libros como "*Los abrazos de Alicia*". Trabajó varios años en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

AGOSTO
Jueves 30, viernes 31
De 10 a.m. a 5 p.m.
Sábado 1
De 9 a.m. a 1 p.m.
Duración: **18 horas**

Inscripciones hasta el 23 de agosto
parqueexplora.org/exploratorio

A black and white illustration of a woman with short dark hair, wearing a dark dress, sitting at a typewriter. She is looking down at the typewriter. The background is filled with many open books.



12.^a FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA

Las formas de la memoria

Septiembre 7 al 16

Zona Norte. Medellín
ENTRADA LIBRE



todas las calles que conozco

todas las calles que conozco

todas las calles que conozco

Invita: **Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad**



www.fiestadellibroylacultura.com



#FiestaDelLibro #CulturaCiudadana

EN ASOCIO CON



BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO

Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos